

Conectorium Series

Sobre el Aborto

Con textos de:

Aristóteles

Clarice Lispector

Emma Goldman

Mario Vargas Llosa

Simone de Beauvoir

Primera edición: julio de 2022

Contenido

CONTEXTORIUM

CAPÍTULO 1 — *SOBRE LA LEGALIDAD DEL ABORTO*

CAPÍTULO 2 — EMMA GOLDMAN: *LOS ASPECTOS SOCIALES DEL CONTROL DE NATALIDAD*

CAPÍTULO 3 — ARISTÓTELES: LA EDUCACIÓN SEXUAL EN LA POLIS

CAPÍTULO 4 — SIMONE DE BEAUVOIR: EL PAPEL REPRODUCTOR DE LA MUJER (Y EL ABORTO)

CAPÍTULO 5 — MARIO VARGAS LLOSA: EL OPIO DEL PUEBLO

CAPÍTULO 6 — EMMA GOLDMAN: *LA HIPOCRESÍA DEL PURITANISMO*

CAPÍTULO 7 — CLARICE LISPECTOR: *NEUTRO ARTESANADO DE VIDA*

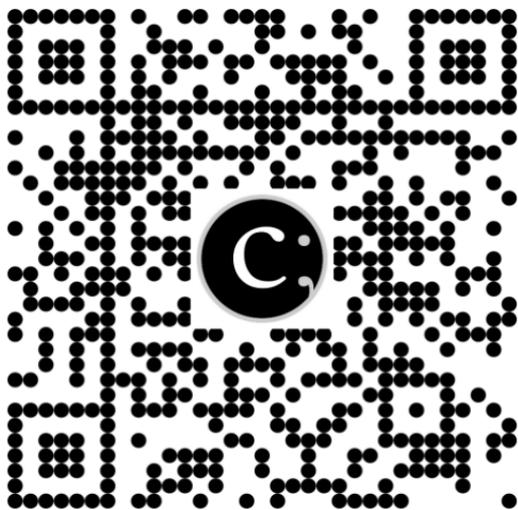
Contextorium

Publicada en Conectorium en mayo de 2022, esta serie nació a raíz de la controversia global suscitada por la determinación de la Corte Suprema de Justicia de los Estados Unidos de derogar *Roe v. Wade*, trasladando la decisión sobre la legalidad del aborto a nivel estatal, impulsando así una ola de prohibiciones del mismo tipo de las que se llevan haciendo durante milenios.

Compuesto en principio con lecturas originalmente escritas en el siglo 20, y una del siglo 4 a.C., y una adición hecha en casa el año 22 del siglo 21; los textos fueron originalmente escritos en griego, español, inglés y portugués. Pero, dada la amplitud en tiempo y espacio del tema, todo indica que la serie se agrandará en ediciones futuras, abarcando más épocas, más culturas y más lenguajes—aunque parece que siempre habrán dos bandos que opinarán, cada uno, lo mismo.

Tiempo total de lectura: 92 minutos.

[Aquí podés encontrar la serie completa y leer cada capítulo online](#) (en cualquier dispositivo), y descargarte en PDF los libros completos de donde sacamos las lecturas que vienen a continuación



Capítulo 1

Sobre la legalidad del aborto

Conectorium

Si el aborto es legal o ilegal en una región depende casi completamente de la influencia de la religión. La excepción son los Estados no seculares controlados por gobiernos dictatoriales que deciden políticas de natalidad, no por moralidad, sino por apuros económicos.

Dios, en todos los libros sagrados que escribió para sus diferentes versiones, no menciona directamente la práctica del aborto. En la ética cristiana, que tiene origen en la judía, perder un hijo no nato es motivo de tristeza y probablemente un castigo de Dios; no habría razón para que a alguien se le cruce por la cabeza provocarse un castigo divino. Después de Cristo, y después de que los judíos y cristianos hayan salido de su esfera social y se hayan encontrado conviviendo con la realidad de otras culturas, los teólogos e ideólogos se han puesto a debatir, desde el imperio romano hasta nuestros días, sobre la moralidad del asunto. “Ha sido el cristianismo el que ha trastocado en este aspecto las ideas morales, al dotar de un alma al embrión”; dice Simone de Beauvoir, “entonces el aborto se convirtió en un crimen contra el feto mismo”.¹ Cita inmediatamente después a San Agustín (que tuvo un hijo extramatrimonial siendo adolescente): “Toda mujer que hace de modo que no pueda engendrar tantos hijos como podría tener, se hace culpable de otros tantos homicidios, lo mismo que la mujer que trata de herirse después de la concepción”. La historia de los hombres hablando en nombre de las

¹ *El Segundo Sexo*, II, 4

mujeres es una historia sin fin. “El mayor delito perpetrado jamás contra la mujer”, escribe Emma Goldman, es cómo “los poetas y los políticos cantan a la maternidad”.²

Que no se entienda esto como un canto al aborto, porque no es canto ninguno. Goldman, ya en 1916, se escandaliza porque “el hábito de provocar los abortos está alcanzando tales proporciones en Norteamérica que cuesta creerlo; de acuerdo con recientes investigaciones sobre la cuestión, diecisiete abortos son realizados cada cien embarazos”.³ En Francia, a finales de la década del '50, según estudios que cita de Beauvoir, “se cuentan todos los años de ochocientos mil a un millón—o sea, tantos como nacimientos—, siendo casadas los dos tercios de las mujeres que los sufren, muchas de las cuales ya han tenido uno o dos hijos”. Eso, a pesar de que estaba prohibido por ley. Hoy, aún donde no está prohibido por ley, se mantienen la misma tendencia, al contrario de lo que imagina la sociedad en su cabeza para prohibir, con base puritana, la práctica. En Estados Unidos, casi el 60% de abortos inducidos son hechos por mujeres que ya tienen por lo menos un hijo, y un 40% del total incluso corresponde a mujeres que están repitiendo el asunto.⁴

Rusia fue el primer país en legalizar el aborto en 1920, “y los han habido más que nacimientos durante la mitad de estos cien años”.⁵ Hoy tienen la tasa más alta del mundo: casi 54 abortos por cada 1000 mujeres en edad de hacerlo. La Norteamérica controversial tiene entre 15 y 20 por cada mil mujeres entre 15 y 44 años, versus 56 nacimientos en la

² *Los Aspectos Sociales del Control de Natalidad, Mother Earth*, Vol. XI, abril 1916.

³ *La Hipocresía del Puritanismo*, 1911.

⁴ Statista, *Who is getting abortions in the U.S.?*

⁵ *Cien años de aborto en Rusia*, Gárgola del Faro, Acepresa, diciembre de 2020.

misma escala. Los abortos fueron en claro aumento desde la famosa legalización en “Roe v. Wade”, polémicamente derogada hace pocos días justo cuando sus índices volvían a los niveles pre-legalización federal (ahora deciden los Estados). En su pico, entre 1979 y 1993, se contabilizaron entre 1,5 y 1,6 millones de abortos anuales (hoy menos de la mitad), versus 3,5 a 4 millones de nacimientos. Entre 60 y 70 millones de abortos desde Roe v. Wade, versus aproximadamente 150 millones de nacimientos.⁶ A nivel mundial, hoy, se producen anualmente 121 millones de embarazos no deseados (o no buscados, que suena mejor): 61% de ellos termina en aborto, lo que nos deja con casi 74 millones de abortos versus cerca de 145-155 millones de nacimientos anuales. Lo que nos deja con una estadística interesante: entre un cuarto y un tercio de los nacimientos, hoy por hoy, se dan por embarazos no buscados (las leyes de la Naturaleza haciendo su trabajo). 45% de esos abortos son peligrosos: unos 7 millones se complican, y unos 30 mil terminan en muerte (entre 50 y 60 millones de personas mueren anualmente en esta época).⁷

Hay una realidad: legal o no legal, el aborto se practica, y mucho, y desde siempre. Vuelvo a Emma Goldman: “es necesario puntualizar que la tendencia a limitar la descendencia es tan vieja como la propia especie humana. Contamos con la autoridad, para esta cuestión, del eminente médico alemán doctor Theilhaber, quien ha recopilado datos

⁶ Fuentes: CDC, Guttmacher Institute, Banco Mundial, World Population Review; *Vital Statistics Rapid Release, 2020*; *Fertility Rates; Abortion Statistics; Abortion Rates by Country, 2022*; *Morbidity and Mortality Weekly Report*; *Abortion Statistics in the United States*.

⁷ Instituto Guttmacher, *Unintended Pregnancy and Abortion Worldwide, marzo 2022*; Organización Mundial de la Salud, *Aborto*.

históricos que prueban que esta tendencia estaba extendida entre los hebreos, los egipcios, los persas y muchas tribus de los indios norteamericanos”.⁸ Allá donde vivían los filósofos que veneramos, Séneca se oponía, Platón y Aristóteles—que aunque muy individualista tenía tintes de centralista—, la aprobaban por motivos eugenésicos y económicos. El segundo dice de esta práctica: “Para distinguir los hijos que es preciso abandonar de los que hay que educar, convendrá que la ley prohíba que se cuide en manera alguna a los que nazcan deformes; y en cuanto al número de hijos, si las costumbres resisten el abandono completo, y si algunos matrimonios se hacen fecundos traspasando los límites formalmente impuestos a la población, será preciso provocar el aborto antes de que el embrión haya recibido la sensibilidad y la vida. El carácter criminal o inocente de este hecho depende absolutamente sólo de esta circunstancia relativa a la vida y a la sensibilidad”.⁹ Desde entonces y hasta ahora se debate el “carácter criminal” del hecho: están los que se oponen al cien por ciento y los que no se oponen, entre los que, por supuesto, ninguno está de acuerdo en matar un niño en un vientre, un feto formado. Nadie en su sano juicio quiere asesinar un bebé. Esa falta de lógica que Carl Sagan bien refuta, ese “si permitimos el aborto en las primeras semanas de embarazo, será imposible impedir la muerte de un bebé formado”, es una falacia.¹⁰

Pero, ¿desde cuándo es niña o niño? ¿quién lo decide? Vuelvo a de Beauvoir— que resumió mejor que nadie la historia del aborto—, esta vez recitando otras líneas cristianas: “Santo Tomás y la mayor parte de los autores fijaron la animación hacia los cuarenta días para los niños y hacia los ochenta para

⁸ *Los Aspectos Sociales del Control de Natalidad*.

⁹ *Política*, libro VII, 16; aunque esta frase pertenece a la traducción de Patricio de Azcárate (IV, 14).

¹⁰ *El Mundo y sus Demonios*, capítulo 12.

las niñas; entonces se introdujo una distinción entre el feto animado y el feto inanimado”. Y entre niño y niña. Los tiempos de animación los recitan de Aristóteles (una costumbre en Santo Tomás). Pero griegos y cristianos no son las únicas culturas que tienen tiempos para el aborto y para el embrión, porque el aborto ha sido practicado en todas partes, en todos los tiempos, y por los mismos motivos.

En el Corán, por otro lado, lo único que se puede leer se reza en el capítulo 17:31: “No maten a sus hijos por temor a la pobreza. Yo los sustento a ellos y a ustedes. Matarlos es un pecado gravísimo”. El traductor Isa García deja como nota al pie: “Esta prohibición tiene carácter eterno, lo cual implica el aborto por «miedo a la pobreza», es decir, por motivos económicos”. Si revisamos las estadísticas estadounidenses una vez más, veremos, como es de esperar, que se practican menos abortos entre mujeres blancas, y más entre hispanas y negras. No hay que revisar las estadísticas para saber quiénes tienen más problemas económicos. Dice Vargas Llosa: “La prohibición, claro está, sólo es efectiva para las mujeres pobres pues de la clase media para arriba los anticonceptivos, así como el aborto, se practican de manera extendida pese a la prohibición legal”.¹¹

Hay otra realidad dentro de esta realidad: la mayoría de los abortos se practican donde es legal (en los estados seculares, en los países musulmanes y los muy católicos de Latinoamérica, donde está prohibido, o se hacen muy poco, o el Estado no cuenta los datos, o la estadística no los cuenta) o donde, socialmente, es legítimo; y parece que la mayoría se hace por motivos económicos. El resto de las razones para interrumpir embarazos no deseados son malformaciones, violaciones, incestos, o porque la mujer no quiere seguir casada con un marido abusivo, porque no es momento,

¹¹ *La Civilización del Espectáculo, VI. El opio del pueblo.*

porque la madre en potencia es demasiado joven, porque su vida corre peligro, porque ya tiene muchos hijos, y por motivos que un hombre jamás comprenderá. Lo máximo que puede llegar a dilucidar es si quiere o no quiere ser padre de esa criatura, en ese vientre, de esa madre, en ese momento. Y si decide que no lo desea y la mujer no quiere abortar, el hombre siempre puede hacerse el loco y no hacerse cargo. Y, lo mejor, no embarazarse ni sufrir esos nueve meses. Y después puede convertirse en un político famoso que defiende los valores cristianos y decidir lo que puede y no puede hacer una mujer, al menos públicamente.

Pero no quiero entrar en el debate de ideologías, de moralidad, o de lo que George Orwell denominó nacionalismos:¹² esa capacidad que tiene el ser humano no solo de auto-identificarse con un grupo ideológico y crucificarse en una sola narrativa—una falta de sentido común por sí sola—, sino de no poder mirar mas que con los lentes que ve su manada, de no poder observar más allá de lo que dice su grupo, de no aceptar sus contradicciones y condenar todo lo que diga el otro—la estupidez hecha política, hecha sociedad—. Predicar el amor al prójimo pero odiar a las madres solteras, o a las que no quieren serlo; ser pro-vida pero defender la tenencia de armas con las que cada dos por tres se acribillan niños en colegios o feligreses en iglesias de otras religiones; ser católico y defender curas que violan a niños pero desamparar a mujeres violadas; y al otro lado de la acera, en la pro-elección, como dice Taleb, que “quienes están a favor del aborto también se opongán a la pena de muerte”, o “que quienes aceptan el aborto estén a favor de impuestos elevados pero en contra de un ejército fuerte”;¹³ o predicar que las mujeres deberían tener los

¹² *Notes on Nationalism*, revista *Polemic*, vol. 1, octubre 1945.

¹³ *El Cisne Negro*, capítulo I, *Los grupos*.

mismos derechos que los hombres y huir en primera fila cuando llega la guerra o pedir días de baja por menstruación.

No digo que las mujeres deberían pelear en la guerra ni que deberían trabajar partiéndose de dolor (hoy en día todo hay que aclararlo para ciertos grupos), solo digo que no nos damos cuenta que estamos llenos de contradicciones. Y el aborto es un tema que nos provoca muchas, incluso a los que no tenemos la potencia de ser madres. Las dudas y las contradicciones, habitantes mayoritarios de nuestra ciudadela mental, realizan concilios cada vez que sale a relucir el tema. Estoy seguro que, llegado el momento crítico de tener que decidir, hasta los más religiosos pueden caer en el pecado. Como siempre, me gusta repetir la frase de Nietzsche: “todo idealismo es mentira frente a lo necesario”,¹⁴ toda ideología es mendacidad frente a la realidad. Nietzsche tira el verso en medio de un discurso que predica lo que muchas chicas se tatúan sin saber qué les va a deparar el camino: Amor fati, amor al destino.

Pero es el destino de lo clandestino lo que me preocupa, no la moralidad. A la Madre Naturaleza no le interesa la integridad, la ética; será estética pero es del todo cruda. Me interesa tratar la realidad: las prohibiciones no son soluciones. Muchas son parches, son puritanismo, son hipocresía; y muchas veces son negocio, son corrupción: que nadie se sorprenda de que algún juez o político que prohíbe los abortos los practique dentro de casa, o peor, que sea socio de clínicas secretas. Me preocupa lo que les preocupa a todos los que pueden ver más allá de la primera impresión o el mandamiento de pensamiento que les impone su tribu sobre un tema. Ya Goldman lo decía hace un siglo: “Miles de mujeres son sacrificadas como consecuencia de los abortos, ya que son realizados por matasanos y parteras ignorantes, en

¹⁴ *Ecce Homo, Por qué soy yo tan inteligente*, 10.

secreto y con prisas”. También decía: “Después de todo, para eso son las leyes, para ser hechas y deshechas. ¿Cómo pueden exigir que la vida se someta a ellas?” Las estadísticas están ahí—duras, altísimas, pero están ahí: millones de abortos se practican cada año en todo el mundo, y son un gran porcentaje de los embarazos, y se van a seguir practicando, porque así funciona el mundo, porque así funciona la esencia humana. Prohibir no es prevenir, y si de verdad se quisiera hacer algo para mejorar la salud mental, espiritual y económica se trabajaría en educación sexual y métodos anticonceptivos, porque sexo vamos a seguir teniendo.

El mundo en el que vivimos no es un cuento de hadas, ni es el ideal de nadie; es como es. No importa que yo quiera imponer mis ideas, o el bolsillo de mis contribuyentes, o que sea tan ingenuo de pensar que con una ley jurídica voy a romper una ley de la naturaleza, y que ninguna mujer—ni una más—va a volver a sufrir nunca más un abuso, y que ningún feto va a volver a malformarse, y que no se va a practicar más sexo sin amor de por medio. Interponer el juego político, la hipocresía, la corrupción, la ideología y el odio en el camino supuesto del amor y la ayuda al prójimo es uno de los colmos de la capacidad de nuestra ignorancia, es una de las pruebas más incontestables de que no entendemos nada de causa y efecto. Aunque, lamentablemente, así como predico que hay que aceptar la realidad de los abortos, hay que aceptar la realidad de nuestra esencia: siempre van a existir grupos en el poder incapaces de ponerse en los zapatos del otro; sobre todo si el otro son ellas y si los que gobiernan son religiosos o dictadores. El poder es adictivo, las ideologías también; y juntos forman uno de los cocteles más dañinos de la historia, pero ese no nos es permitido prohibirlo.

*

Capítulo 2

Emma Goldman: Los Aspectos Sociales del Control de Natalidad

Contextorium

Este ensayo, que leemos completo a continuación, en la traducción de Alexis Rodríguez Mendoza “adaptada al español rioplatense” por Terramar Ediciones (2010), fue publicado en abril de 1916, en el onceavo volumen de *Mother Earth*, revista anarquista mensual “dedicada a las ciencias sociales y la literatura” que la misma Emma Goldman fundó, y que sobrevivió casi 12 años. Desde Goldman hasta Tolstoy, las mejores mentes del anarquismo expusieron sus ideas allí. Una de las ideas que Goldman defendía a muerte era que la mujer no sea relegada a simple medio de reproducción en la sociedad; por lo tanto, defendía, por supuesto, el entonces ilegalizado control de la natalidad. El problema de estar gobernados por hipócritas y populistas, charlatanes y adictos al poder, es que, como dice esta mujer, “los reformadores [sólo] aceptan la verdad cuando ya es clara hasta para el más tonto de la sociedad”, y para que la escuchen, lamentablemente, tienen que existir revueltas populares, manifestaciones violentas, y movimientos utópicos como el anarquista.

Emma Goldman deja hace una gran defensa lógica de sus ideas en este ensayo, tiene muy buenos puntos, aunque no los comparto todos. Habrá que ponerse en los zapatos que ella usaba en 1916, en medio de una revolución industrial y un despertar mundial que exigía mejores condiciones laborales. Es en esta época que surgen revoluciones contrarias al sistema en todo el mundo, en la que ascienden el socialismo, el comunismo, el anarquismo y otros ismos en medio de los horrores en plena Primera Guerra Mundial. No

comparto los ideales de estas ideologías, pero entiendo sus motivaciones. Entiendo que una persona con muchos hijos no se pueda rebelar contra un sistema opresor—que no hay que negar que existía. Entiendo la indignación producto del moralismo y el agitar de masas por lobos disfrazados de ovejas. Aunque no puedo opinar mucho sobre lo que sienten padres y madres, cuyo instinto maternal y paternal es pelear por dejarle un mundo mejor a sus hijos y no necesariamente, siempre, rendirse. Goldman no tuvo hijos, solo pudo aprender lo que predica mediante la observación. No tuvo hijos para ser consecuente con sus palabras, o porque no quería, y porque sabía que el precio de su activismo—era la mayor agitadora social de la época en los Estados Unidos—era la persecución y la cárcel. Narra ella misma que está a punto de ir a juicio, en abril de 1916, por liderar el Movimiento de Control de Natalidad, por estrellarse contra el sistema de justicia americano al que tilda de ignorante y por pelear contra la “estupidez de la ley”. Zafó de esos cargos, pero no de los 1917 por oponerse al nuevo draft de conscriptos la guerra. Después de un par de años en la cárcel, fue deportada en 1919, meses antes de que Woodrow Wilson ponga en vigencia otra ley polémica: la *Ley Seca*. Ya sabemos qué pasó con esa prohibición. Ya sabemos qué pasa con todas. De entre todas las frases que deja Goldman en este ensayo para enmarcar—como lo hace en todos porque escribía muy bien—, esta encaja en lo que sucede hoy día, 106 años después, porque algunas cosas nunca cambian:

“Desde cualquier ángulo que se considere, entonces, la cuestión del control de natalidad es el problema principal de los tiempos modernos y, como tal, no puede hacerse retroceder mediante la persecución, el encarcelamiento o la conspiración del silencio”.

Cuando iba a ser deportada, el fiscal de Washington largó: “Con la prohibición que entra y Emma Goldman que se va, va a ser un país muy aburrido”.

Ensayo: Los Aspectos Sociales del Control de Natalidad (1916)

Se ha sugerido que para crear un genio, la naturaleza emplea todos sus recursos y necesita cien años para tan difícil tarea. Si eso es cierto, la naturaleza emplea incluso más tiempo para forjar una gran idea. Después de todo, en crear un genio la naturaleza se concentra en una sola persona, mientras que una idea debe convertirse en una herencia para la especie¹⁵ y, por tanto, debe ser más difícil de moldear.

Hace justamente ciento cincuenta años desde que un gran hombre concibió una gran idea, Robert Thomas Malthus, el padre del control de natalidad. El que la especie humana haya necesitado tanto tiempo para comprender la importancia de esta idea es una prueba más de la lentitud de la mente humana. No es posible realizar un examen detallado de los méritos de los planteamientos de Malthus, esto es, que la tierra no es tan fértil o tan rica como para cubrir las necesidades de una excesiva población. Ciertamente, si echáramos un vistazo a las trincheras y campos de batalla de Europa encontraríamos que en parte sus premisas son correctas. Pero yo estoy segura de que si Malthus hubiera vivido en la actualidad, estaría de acuerdo con todos los estudiosos de la sociedad y revolucionarios que afirman que si las masas de personas continúan siendo pobres, mientras los ricos cada vez son más ricos, no es porque la tierra carezca

¹⁵ Nota del traductor: Emma Goldman emplea el término inglés *race* cuya traducción al castellano es el de raza; sin embargo, teniendo en cuenta el sentido en que empleaba la propia Goldman el término y para evitar interpretaciones racistas que con el tiempo ha adquirido este término, hemos preferido traducirlo por especie humana o población.

de fertilidad y riquezas como para cubrir las necesidades de una excesiva población, sino porque la tierra está monopolizada en unas pocas manos, excluyendo a los demás.

El capitalismo, que estaba en pañales en tiempos de Malthus, desde entonces ha crecido convirtiéndose en un enorme monstruo insaciable. Brama a través de sus silbatos y sus máquinas. “Denme sus hijos, retorceré sus huesos, extraeré la savia de su sangre, les robaré su rubor”, ya que el capitalismo tiene un apetito insaciable.

Y por medio de su maquinaria destructiva, el militarismo, el capitalismo proclama, “Denme sus hijos, los uniformaré y disciplinaré hasta que toda humanidad desaparezca de ellos; hasta que se conviertan en autómatas dispuestos para disparar y asesinar al mandato de sus amos”. El capitalismo no puede actuar sin el militarismo, y en tanto las masas de personas surtan el material para ser destruido en las trincheras y en los campos de batalla, el capitalismo tendrá una gran vigencia.

En los denominados buenos tiempos, el capitalismo engullirá a las masas de personas para regurgitarlas en los tiempos de “*depresión industrial*”. Esta masa humana superflua, la cual incrementa el número de desempleados y que representa una gran amenaza en los tiempos modernos, es denominada por nuestros economistas políticos burgueses, el margen obrero. Mantienen que bajo ninguna circunstancia el margen obrero debe disminuir, ya que la sagrada institución conocida como civilización capitalista se socavaría. Y por tanto, los economistas políticos, junto con todos los padrinos del régimen capitalista, están a favor de una amplia y excesiva población y, por ende, se oponen al control de natalidad.

A pesar de todo, la teoría de Malthus contiene mucho más de veracidad que de ficción. En su forma moderna, no se

basa en la especulación sino en otros factores que se relacionan y se vinculan con los tremendos cambios sociales que están teniendo lugar en todos lados.

Primero, está el aspecto científico; la opinión de una parte de los más eminentes científicos quienes nos dicen que una vitalidad agotada por el trabajo excesivo y la inanición no puede engendrar una descendencia saludable. Junto con los argumentos científicos, nos encontramos con el terrible hecho, el cual es incluso reconocido por las personas más retrógradas, de que una reproducción indiscriminada y constante de una parte de las masas agotadas por el trabajo y exánimes ha dado lugar a un incremento de niños deficientes, lisiados y desafortunados. Es tan alarmante este hecho, que ha llevado a los reformadores sociales a plantear la necesidad de crear un banco de datos en donde las causas y efectos del incremento de niños lisiados, sordos, mudos y ciegos puedan determinarse. Sabiendo como sabemos que los reformadores aceptan la verdad cuando ya es clara hasta para el más tonto de la sociedad, no será necesario discutir mucho más sobre los resultados de la reproducción indiscriminada.

Segundo, se encuentra el despertar mental de las mujeres, que juegan un gran papel en el control de natalidad. Durante siglos, han soportado su carga. Han llevado a cabo su *obligación* de manera más concienzuda que la de un soldado en el campo de batalla. Después de todo, la preocupación del soldado es preservar su vida. Para eso son pagados por el Estado, elogiados por los charlatanes y defendidos por la histeria pública. Sin embargo, aunque la función de la mujer es dar la vida, ni el Estado, ni los políticos, ni la opinión pública han hecho nunca la más mínima prestación a cambio de la vida que la mujer ha dado.

Durante siglos, ha permanecido de rodillas ante el altar del deber impuesto por Dios, el capitalismo, el Estado y la

moralidad. Actualmente, está despertando de su multiseccular sueño. Se ha liberado de las pesadillas del pasado; ha mirado hacia la luz y ha proclamado con clara voz que ya no será parte del crimen de traer desgraciados niños al mundo sólo para ser convertidos en polvo por la rueda del capitalismo y para ser hechos trizas en las trincheras y campos de batalla. ¿Y quién puede decirles que no? Después de todo, es la mujer quien arriesga su salud y sacrifica su juventud en la reproducción de la especie. Ciertamente, debe tener la capacidad de decidir cuántos niños debe traer al mundo, si los tiene con el hombre que ama y porque quiere al hijo, o si debe nacer del odio y el desprecio.

Además, los médicos serios reconocen que la constante reproducción de la mujer trae como consecuencia lo que los legos llaman "*problemas femeninos*": unas condiciones lucrativas para los médicos inescrupulosos. Pero, ¿qué posible razón tiene la mujer para agotar su organismo en un infinito engendrar hijos?

Precisamente, es por este motivo que la mujer debe tener los conocimientos que le permitan recuperarse durante un período de tres a cinco años entre cada embarazo, que sólo le proporcionaría un bienestar físico y mental, y la oportunidad de dar los mejores cuidados a los niños que ya tuviera.

Pero no sólo las mujeres han sido quienes han empezado a comprender la importancia del control de natalidad. Los hombres, igualmente, especialmente los trabajadores, han aprendido a ver en las grandes familias una cruz que llevarán a costas, impuesta deliberadamente por las fuerzas reaccionarias de la sociedad, ya que una gran familia paraliza el cerebro y entumece los músculos de las masas de trabajadores. Nada ata más a los obreros al lugar de trabajo que una prole de mocosos, y esto es exactamente lo que los

opositores al control de natalidad quieren. Lamentablemente, como el salario de un hombre con una gran familia es muy escaso, no puede arriesgarse lo más mínimo, continuando en su trabajo, transigiendo y acobardándose ante su amo, sólo para obtener apenas lo suficiente para alimentar sus numerosas pequeñas bocas. Sin atreverse a afiliarse a una organización revolucionaria; sin atreverse a ponerse en huelga; sin atreverse a dar su opinión. Las masas obreras han despertado a la necesidad del control de natalidad como un medio para liberarse del terrible yugo e incluso, como un medio más para poder hacer algo por aquellos que ya existen, evitando traer más niños al mundo.

Por último, pero no menos importante, un cambio en la relación de los sexos, aunque no adoptada por muchas personas, se está dejando sentir entre una minoría considerable. En el pasado, y todavía en la actualidad de manera generalizada entre los hombres, la mujer continúa siendo un mero objeto, un medio para un fin; en gran parte un medio físico para un fin. Pero existen hombres quienes quieren más que eso de las mujeres: han comenzado a percatarse que si cada varón se emancipara de las supersticiones del pasado nada se cambiaría en la estructura social en tanto la mujer no ocupe su lugar junto a él en la gran lucha social. Lento pero seguro, estos hombres han aprendido que si la mujer consume su organismo en embarazos eternos, en los partos y en lavar pañales, poco tiempo tendrá para nada más. Pocas tienen el tiempo para las cuestiones que absorben y excitan a los padres de sus hijos. Producto del agotamiento físico y del estrés nervioso, ellas se convierten en un obstáculo en el devenir del hombre y, en ocasiones, en su más profundo enemigo. Es, por tanto, por su propia protección y también por su necesidad de compañía y amistad de la mujer que ama, numerosos hombres quieren que ésta se libere de la terrible imposición

de la constante reproducción y, en consecuencia, están a favor del control de natalidad.

Desde cualquier ángulo que se considere, entonces, la cuestión del control de natalidad es el problema principal de los tiempos modernos y, como tal, no puede hacerse retroceder mediante la persecución, el encarcelamiento o la conspiración del silencio.

Aquellos que se oponen al Movimiento de Control de Natalidad aseguran que lo hacen en nombre de la maternidad. Todos los charlatanes políticos hablan sin medida de las maravillas de la maternidad, aunque tras un examen minucioso hallamos que la maternidad ha dedicado durante siglos, ciega y estúpidamente su descendencia a Moloch. Además, en tanto las madres estén obligadas a trabajar durante muchas horas con el objeto de ayudar a mantener a las criaturas que a regañadientes han traído al mundo, hablar de la maternidad no es más que una hipocresía. El diez por ciento de las mujeres casadas en la ciudad de New York tienen que ayudar a ganarse la vida. La mayoría, reciben el muy lucrativo salario de \$280 al año. ¿Cómo se atreve nadie a hablar de las bellezas de la maternidad ante tal crimen?

Pero incluso las madres mejor pagadas, ¿qué pasa con ellas? No hace mucho, nuestro viejo y manido Consejo de Educación afirmó que las profesoras que fueran madres no debían continuar enseñando. Aunque estos anticuados señores fueron obligados por la opinión pública a que reconsideraran su decisión, es completamente cierto que si la profesora típica se convirtiera en madre cada año, pronto perdería su puesto. Esto es lo que pasa con las madres casadas; ¿qué ocurre con las madres solteras? ¿O es que alguien duda de que haya miles de madres solteras? Ellas abarrotan nuestros talleres, fábricas e industrias en todos los

lugares, no por elección propia sino por la necesidad económica. En su gris y monótona existencia, el único atractivo es probablemente la atracción sexual, la cual, sin los métodos de prevención, invariablemente lleva al aborto. Miles de mujeres son sacrificadas como consecuencia de los abortos, ya que son realizados por matasanos y parteras ignorantes, en secreto y con prisas. Aun así, los poetas y los políticos cantan a la maternidad. El mayor delito perpetrado jamás contra la mujer.

Nuestros moralistas lo saben, aunque persisten en defender la indiscriminada crianza de hijos. Nos cuentan que limitar la descendencia es completamente una tendencia moderna, ya que la mujer moderna ha dejado de lado su moralidad y deseos para esquivar sus responsabilidades. En respuesta a esto, es necesario puntualizar que la tendencia a limitar la descendencia es tan vieja como la propia especie humana. Contamos con la autoridad, para esta cuestión, del eminente médico alemán doctor Theilhaber, quien ha recopilado datos históricos que prueban que esta tendencia estaba extendida entre los hebreos, los egipcios, los persas y muchas tribus de los indios norteamericanos. El temor a la descendencia era tan grande que las mujeres emplearon los métodos más horripilantes para evitar traer un hijo no deseado al mundo. El doctor Theilhaber ha enumerado cincuenta y siete métodos. Este dato es de gran importancia, ya que disipa la superstición de que la mujer quiere ser madre de una gran familia.

No, no es porque la mujer se haya escabullido de su responsabilidad, sino porque sabe mucho sobre esto último como para exigir saber cómo prevenir la concepción. Nunca en la historia del mundo la mujer ha tenido una conciencia de especie como la tiene en la actualidad. Nunca hasta ahora ha podido ver al hijo, no sólo su hijo, sino todos los hijos, como la unidad de la sociedad, el canal a través del cual el

hombre y la mujer pervivirán; el mayor factor en la construcción de un nuevo mundo. Es por este motivo que el control de natalidad reposa sobre unas bases sólidas.

Nos dicen que, en tanto la ley en el código legal convierte el debate de los medios preservativos en un crimen, estos medios preventivos no pueden ser debatidos. Como respuesta, me gustaría decir que no es el Movimiento de Control de Natalidad sino la ley, la cual tendrá que desaparecer. Después de todo, para eso son las leyes, para ser hechas y deshechas. ¿Cómo pueden exigir que la vida se someta a ellas? ¿Sólo porque algún fanático ignorante en su propia limitación mental y de corazón tuvo éxito en pasar una ley en los tiempos en que los hombres y mujeres eran esclavos de las supersticiones religiosas y morales, debemos estar atados a ella por el resto de nuestras vidas? Comprendo por qué los jueces y carceleros están vinculados con ella. Es su medio de vida; su función en la sociedad. Pero incluso los jueces en ocasiones progresan. Llamo la atención sobre la decisión tomada en medio del problema del control de la natalidad por el juez Gatens, de Portland, Oregon. “Me parece que el problema para nuestra gente en la actualidad es que existe demasiada mojigatería. La ignorancia y la mojigatería siempre han sido una soga al cuello para el progreso. Todos sabemos que hay cosas erróneas en la sociedad; que estamos sufriendo muchos males pero no tenemos el valor para alzarlos y admitirlo, y cuando alguna persona nos llama la atención sobre algo que ya conocemos, fingimos modestia y nos sentimos ultrajados”. Éste es, en concreto, el problema que tienen la mayoría de nuestros legisladores y la mayoría de los que se oponen al control de natalidad.

Voy a ser juzgada en una Sesión Especial el 5 de abril. No sé cuál será su resultado, y es más, no me preocupa. El temor a la cárcel por una de las ideas más extendidas entre los

radicales norteamericanos es lo que ha hecho al movimiento tan tenue y débil. Yo no tengo tal miedo. Mi tradición revolucionaria es que aquellos que no están dispuestos a ir a la prisión por sus ideas nunca han tenido en demasiada estima sus planteamientos. Además, hay lugares peores que la cárcel. Pero, ya sea si tengo que pagar por mis actividades sobre el control de natalidad o quedo libre, una cosa es cierta, el Movimiento de Control de Natalidad no podrá detenerse ni yo cejaré de llevar a cabo la difusión del control de natalidad. Si me he abstenido de debatir sobre los métodos, no es porque tema un segundo arresto, sino porque por primera vez en la historia de Norteamérica, la cuestión del control de natalidad, a través del juicio oral, será bien definida, y como deseo resolverlo según sus propios méritos, no deseo dar a las autoridades una oportunidad para disimularlo con otras cuestiones. Sin embargo, me gustaría puntualizar la absoluta estupidez de la ley. Tengo en mis manos el testimonio de los detectives, el cual, de acuerdo con su declaración, es una transcripción exacta de lo que hablé desde la palestra. Es tal la ignorancia de estos hombres que no han transcrito ni un simple concepto correctamente. Está perfectamente dentro de la ley que los detectives den su testimonio, pero no está dentro de la ley que yo pueda leer el documento por el cual se me juzga. ¿Pueden culparme si yo soy anarquista y no respeto las leyes? Igualmente, desearía señalar la profunda estupidez de los tribunales norteamericanos. Supuestamente, la justicia emana de ahí. Supuestamente, no existe ningún procedimiento secreto y arbitrario bajo una democracia, aunque el otro día, cuando los detectives hicieron su declaración, la realizaron susurrando, cerca del juez, como si estuvieran en un confesionario en una iglesia católica, y bajo ninguna circunstancia a las mujeres presentes se les permitió oír algo de lo que se decía. ¡Toda una farsa! Y todavía pretenden que los respetemos, que los obedezcamos, que nos sometamos.

No sé cuántos de ustedes están dispuestos a hacerlo, pero yo no lo estoy. Estoy de pie como una de las defensoras de un movimiento mundial, un movimiento que busca liberar a la mujer del terrible yugo y esclavitud del embarazo forzado; un movimiento que reclama el derecho de cada niño a un buen nacimiento; un movimiento que ayudará al obrero a liberarse de su eterna dependencia; un movimiento que introducirá en el mundo un nuevo tipo de maternidad. Considero este movimiento tan importante y vital como para desafiar cualquier ley de los códigos legales. Creo que no aclarará sólo el libre debate sobre los contraceptivos, sino la libertad de expresión en la Vida, el Arte y el Trabajo, en el derecho de la ciencia médica a experimentar con los contraceptivos como lo hace con los tratamientos de la tuberculosis y cualquier otra enfermedad.

Puede que me arresten, me procesen y me metan en la cárcel, pero nunca me callaré; nunca asentiré o me someteré a la autoridad, nunca haré las paces con un sistema que degrada a la mujer a una mera incubadora y que se ceba con sus inocentes víctimas. Aquí y ahora declaro la guerra a este sistema y no descansaré hasta que sea liberado el camino para una libre maternidad y una saludable, alegre y feliz niñez.

Capítulo 3

Aristóteles: la educación sexual en la polis

Contextorium

La Πολιτικά de Aristóteles estudia lo que significa literalmente: las cosas que tienen que ver con la polis, con la ciudad. Después de estudiar la ética y el comportamiento del ser humano, toca aplicar eso a la vida real, a la vida en sociedad. Por eso su *Ética Nicomaquea* y su *Política* son consideradas dos partes de un mismo (gran) tratado.

Escrita en el siglo 4 a.C. es una de las obras más famosas en la historia de la política y la filosofía, y ha sido traducida a cuanto idioma ha sido posible. Y, para su mejor comprensión, ha sido dividida en diferentes libros y capítulos según el editor o el traductor. En español se puede leer desde que en 1509 algún traductor, ahora anónimo, la reprodujera desde una versión en latín en lo que entonces era Çaragoça (Zaragoza). Más información sobre las versiones en español se puede encontrar en esta investigación minuciosa de filosofia.org.

La más común (en los anales de internet) es la traducción de Patricio de Azcárate de 1873, quien hiciera su trabajo desde el francés, y con muchas omisiones y resúmenes. Una de las versiones más completas y fieles que se puede encontrar es la de Manuela García Valdés (Editorial Gredos), publicada en 1988, y desde la cual traemos el extracto que servimos abajo, que trata sobre—digamos—la educación sexual en la polis ideal.

Un pasaje de esta sección ha sido citado en el primer capítulo. La cita se puede entender mejor en la palabras de don

Patricio, que aunque no traducía del griego y omitía párrafos enteros de la versión original, tuvo la suerte—o supo muy bien—poner este punto en palabras más sencillas. En lo que él dividió como el capítulo 14 del libro 4, traduce:

“Para distinguir los hijos que es preciso abandonar de los que hay que educar, convendrá que la ley prohíba que se cuide en manera alguna a los que nazcan deformes; y en cuanto al número de hijos, si las costumbres resisten el abandono completo, y si algunos matrimonios se hacen fecundos traspasando los límites formalmente impuestos a la población, será preciso provocar el aborto antes de que el embrión haya recibido la sensibilidad y la vida. El carácter criminal o inocente de este hecho depende absolutamente sólo de esta circunstancia relativa a la vida y a la sensibilidad”.

Manuela ha sabido, y muy bien, ponerle algunos paños fríos a este párrafo que puede dejarnos helados.

Libro: Política (siglo 4 a.C.)
Sección 1335 a-b (libro VII, 16)

La educación en la ciudad ideal: diferentes etapas en la educación

Así pues, si el legislador debe, desde el comienzo, ocuparse de que los cuerpos de los educandos sean lo mejor posible, se ha de cuidar en primer lugar de la unión conyugal, y de cuándo y en qué condiciones el hombre y la mujer deben tener relaciones conyugales unos con otros. Y es necesario que legisle sobre esta unión atendiendo a la vez a las personas y al momento de su vida, para que lleguen ambos al mismo período de su edad y no haya desacuerdo entre sus capacidades, siendo el varón aún capaz de engendrar y la mujer no, o ésta conservando su capacidad y el varón no (pues esto provoca disensiones y diferencias entre ellos). Después debe prestar atención a la sucesión de los hijos: pues

no deben quedar demasiado por debajo en edad los hijos de los padres (pues no es de ningún provecho para los padres demasiado viejos el agradecimiento de sus hijos, ni tampoco la ayuda de los padres para los hijos), ni que las edades estén demasiado próximas (pues eso conlleva muchas dificultades, ya que se tiene menos respeto a los padres si se les considera de la misma edad, y en la administración doméstica esa proximidad es motivo de fricciones). Además, para volver al punto de donde partimos, debe cuidarse de que los cuerpos de los niños que nacen respondan a la voluntad del legislador.

Ciertamente, casi todo esto se consigue con un solo cuidado. En efecto, puesto que está definido el límite de la procreación, de una manera general, para los varones en la cifra extrema de setenta años y para las mujeres de cincuenta, es necesario que el comienzo de la unión conyugal caiga, por lo que se refiere a la edad, dentro de esos límites. La unión de esposos jóvenes es mala para la procreación; en todos los animales, en efecto, los hijos de padres jóvenes son imperfectos, predominantemente hembras, y más bien pequeños, de forma que eso mismo debe necesariamente suceder en los hombres. He aquí una prueba: en todas las ciudades en que se acostumbra a casar los hombres y las mujeres jóvenes, las gentes son imperfectas y pequeñas de cuerpo. Además, en los partos las jóvenes sufren más y mueren en mayor número. Por eso afirman algunos que fue la causa de la respuesta que dio el oráculo a los treceños, porque morían muchas por casarse las mujeres demasiado jóvenes, pero no tenía que ver con la recolección de las cosechas.¹⁶ Además, también conviene a la templanza que se

¹⁶ Nota de la traductora: La respuesta del oráculo se conservó en una glosa marginal en algunos manuscritos de la *Política: No aréis en el surco nuevo*. Pero la frase del texto tiene doble sentido. El adjetivo *néan, nuevo, sin trabajar, joven*, hace pensar en el verbo *neân*, que puede aplicarse a una joven que

entreguen en matrimonio a una edad más avanzada, pues las que desde jóvenes han tenido relaciones sexuales parecen ser más intemperantes. Y respecto a los cuerpos de los varones, parece que es perjudicial para su desarrollo si cuando aún está creciendo el semen tienen relaciones sexuales, pues también hay para el semen un tiempo determinado, que no excede de su plenitud. Por ello, está bien que ellas se casen en torno a los dieciocho años de edad, y ellos a los treinta y siete o un poco menos. A tales edades y cuando están los cuerpos en su plenitud se realizará la unión, y, en cuanto al cese de la procreación, coincidirá muy oportunamente con las edades respectivas. Además, la sucesión de los hijos, si su nacimiento se da en el plazo previsible por la razón, será cuando éstos lleguen a su plenitud y los padres estén ya en el declive de la edad, hacia los setenta años.

Así pues, queda dicho cuándo ha de hacerse la unión conyugal; en cuanto a la estación del año, ateniéndonos al uso general, se ha fijado acertadamente, de acuerdo con la práctica actual, que esa cohabitación se haga en el invierno.¹⁷ También los esposos mismos deben examinar respecto a la procreación las enseñanzas de los médicos y las de los físicos. Los médicos, en efecto, dan las indicaciones adecuadas sobre los momentos apropiados de los cuerpos, y los físicos sobre los vientos, prefiriendo los vientos del Norte a los del Sur.

Sobre qué constitución física de los padres será especialmente beneficiosa para los hijos se tratará con más detenimiento al hablar de la educación de los niños; ahora

pierde su virginidad demasiado pronto. El término puede evocar las palabras *surco* y *esposa*.

¹⁷ N.T.: Pitágoras (cf. Diógenes Laercio, VIII 9) ya decía que el tiempo de entregarse a los placeres del amor era el invierno y no el verano. En Atenas se casaban sobre todo en el mes de Gamelión que corresponde más o menos a enero.

bastará con referirse a ello esquemáticamente. Pues bien, la constitución de los atletas no es útil para la buena disposición del ciudadano, ni para la salud, ni para la recreación, ni tampoco la que exige demasiados cuidados, ni la que soporta demasiado poco la fatiga, sino la intermedia entre ellas. Así pues, deben tener una constitución ejercitada, pero ejercitada en trabajos no violentos, ni orientados en una sola dirección, como los de los atletas, sino para las actividades de los hombres libres. Y debe ser así igualmente para los hombres que para las mujeres.

Es preciso también que las embarazadas tengan cuidado de sus cuerpos, no abandonándose a la indolencia y sirviéndose de una alimentación suficiente. Esto es fácil de conseguir para el legislador, si ordena que cada día hagan un viaje¹⁸ para dar culto a los dioses que corresponde el honor de presidir los nacimientos. En cambio, la mente, al contrario que los cuerpos, conviene que pase el tiempo más relajadamente, pues las criaturas evidentemente reciben la influencia de la que las lleva, como las plantas de la tierra.

En cuanto a la exposición y crianza de los hijos,¹⁹ debe existir una ley que prohíba criar a ninguno defectuoso; y en el caso

¹⁸ N.T.: Cf. Platón, *Leyes* VII 789e, pasaje en que se exige a las mujeres embarazadas que den un paseo, y en VIII 833b indica que los templos sirven de objetivo para el paseo. Las divinidades a las que alude parecen ser Ilitia y Ártemis; cf. Platón, *Teeteto* 149b.

¹⁹ N.T.: Las ciudades griegas han luchado siempre, por razones políticas y económicas, contra un crecimiento excesivo de nacimientos, que amenazaba con poner en peligro el equilibrio que debe haber entre el número de población y el valor de las fortunas. Preocupación en este sentido la recoge Platón, *Leyes* V 737e, que limita el número de ciudadanos a 5.040, y quiere evitar a toda costa una continua redistribución

de un número grande de hijos, si la norma de las costumbres lo prohíbe, que no se exponga a ninguno de los nacidos. Es necesario, en efecto, poner un límite numérico a la procreación. Y si algún niño es concebido por mantener relaciones más allá de estos límites, antes que surja la sensación y la vida, se debe practicar el aborto, pues la licitud y la no licitud de éste será determinada por la sensación y la vida.

Puesto que se ha determinado el comienzo de la edad en que el hombre y la mujer deben empezar su unión conyugal, sea determinado también cuánto tiempo conviene que dure el servicio²⁰ de la procreación. Los hijos de los de demasiada edad, como los de los demasiado jóvenes, nacen física y mentalmente imperfectos, y los de padres ancianos son

de los lotes; para ello, llega a prohibir en determinados casos la procreación y aconseja, si este medio es insuficiente, fundar colonias para los ciudadanos que pasen ese número; cf. *Leyes* V 740c-e. Platón no indica expresamente la exposición y el aborto, pero preconiza en términos velados el infanticidio, cf. *República* V 460b y c, y sobre este punto sus recomendaciones se inspiran en las costumbres espartanas; cf. Plutarco, *Licurgo* XVI 1. — Aristóteles sobre este tema tiene una opinión diferente de la de Platón y presenta un cierto progreso moral. En primer lugar, no menciona ni hace alusión al infanticidio y no admite la exposición más que en el caso de niños deformes. Y cuando se trata de limitar el número de niños, como las costumbres son contrarias a la práctica de la exposición, prefiere recurrir al aborto, y aún así, a condición de que el embrión esté en ese período comprendido entre la concepción y la aparición de la vida vegetativa, durante el cual no hay más que una unión de carnes indiferentes, es decir hasta los cuarenta días; cf. *Historia de los animales* VII 3, 583b10-13.

²⁰ N.T.: La procreación es un servicio público, *leitourgein*. Cf. también Platón, *República* V 460e.

débiles. Por eso la procreación debe corresponder a la plenitud mental, y ésta es, en la mayoría de los hombres, la que han dicho algunos poetas,²¹ que miden la edad por períodos de siete años,²² en torno a los cincuenta años. Por consiguiente, cuando se sobrepasa esta edad en cuatro o cinco años debe renunciarse a que se manifieste la generación. En adelante, sólo se deben tener relaciones sexuales por motivo de salud o por alguna otra razón semejante.²³ En cuanto a la relación con otra mujer o con otro hombre,²⁴ sea en general absolutamente deshonroso en todos los casos, en tanto que se es esposo y se le aplique ese nombre. Y si durante el tiempo de la procreación alguien es descubierto en un acto de este tipo, que sea castigado con una pérdida de los derechos de ciudadanía proporcional a la falta.

²¹ N.T.: Así Sólo; cf. *Líricos griegos. Elegiacos y yambógrafos* [texto y traducción de F. Rodríguez Adrados], I, Madrid, 1956, pág. 197, fragmento 19.

²² N.T.: El número siete y la divisibilidad por siete juegan un papel importante en algunos pasajes de los escritos especialmente biológicos de Aristóteles, cf. Historia de los animales V 20, 553a7; VI 17, 570a30, y sobre todo VII 1, 581a2. Se quiere ver en ello una influencia pitagórica transmitida por la medicina antigua y, especialmente, por Alcmeón de Crotona. La Colección Hipocrática recoge un tratado Sobre el septenario, y trata de los efectos del número siete.

²³ N.T.: En Platón, *República* V 459d-461d, admite la libertad sexual para los dos sexos a partir de la edad en que ya no se tienen hijos, pero a condición de que esa relación sea infecunda.

²⁴ N.T.: Cf. Jenofonte, *Económicos* I 4, 1344a23. Véase también Platón, *Leyes* VI 784e y VIII 841d.

Capítulo 4

Simone de Beauvoir: el papel reproductor de la mujer (y el aborto)

Contextorium

Se acaba de terminar la 2da. Guerra Mundial y la humanidad empieza a actuar en consecuencia a la barbarie de la que acaba de ser juez, parte y observador. Surgen los *mea culpas* y las preguntas existenciales. Se piensan todo tipo de cambios, utopías y movimientos. El activismo asoma el torso y lo hace también la democracia. Se populariza y se esparce la noción de Naciones-Estado, y surgen nuevas constituciones donde la mujer, recién desde hacen pocas décadas, puede votar—si es que puede, porque todavía falta largo trecho por recorrer. Es en este contexto en el que, en 1949, Simone de Beauvoir publica una de las mejores producciones filosóficas del siglo 20, y una de las más revolucionarias de la Historia. Siguiendo la línea trazada por Mary Wollstonecraft 160 años antes—nombrada directamente en la lectura que viene—, en Francia, de Beauvoir marca otro punto de inflexión en la historia del lugar de la mujer en la sociedad.

El Segundo Sexo es tan fuerte que rápidamente es vetado e incluido en el Índice de Libros Prohibidos. Y, como con toda prohibición, su tráfico y contrabando se convierte en dulce popular. Bajo el radar y en muchos casos, de forma anónima, las traducciones de la obra empiezan a poblar continentes. La primera traducción al español, se cree, se realiza en Buenos Aires, en 1954, por Pablo Palant. Esta es la que se conoce incluso en España, tierra de traductores,

hasta 1999, año en el que surge una fractura: en Buenos Aires, nuevamente, Juan García Puente (Editorial Sudamericana) reproduce el trabajo; y en España lo hace Alicia Martorell (Cátedra). Esta última tiene un sendo prólogo de Teresa Lopez Pardiñas, “especialista en Beauvoir”, e incluye toda la bibliografía posible. Una joya académica para curiosos de conexiones, anécdotas y notas. Los dos hombres, por decisión propia o editorial, inexplicablemente, dejan fuera capítulos y análisis enteros, acortando poco pero afectando mucho el carácter del extenso ensayo. Pero no voy a ahondar en esto porque el análisis de las traducciones ya lo hizo Elena Ganón Garayalde, máster en Estadística, el año 2019 en un trabajo que no creo que encuentre rival. Podés leer su *Breve Relato de las Trabas Políticas y Editoriales que Impidieron una Correcta Traducción y Divulgación de «El Segundo Sexo»*, aquí.

Vuelvo a la Europa de los años inmediatos al final de la segunda parte de la Gran Guerra Mundial. Imaginate esa sociedad, confundida, todavía no sabiendo si ser liberal o liberal, que es una palabra que en política tiene dos—o más—sentidos. Extraigo de ahí una historia y un análisis sobre la mujer en “su papel reproductor” en la sociedad, y lo que viene a ser un mini-ensayo, dentro de este largo ensayo, sobre el aborto. No he leído a nadie que explique esta historia mejor que de Beauvoir. Y algunos de los datos que lanza, poco más de 70 años después, siguen siendo actuales.

Leemos a de Beauvoir traducida por Juan García. ¿Y por qué no por Alicia Martorell? Porque García traduce la premonición de Simone, “actualmente, las

reivindicaciones de la mujer van a adquirir todo su peso”, y Alicia escribe que “en la actualidad, las reivindicaciones de la mujer acabarán perdiendo todo su peso”. Simone escribió: “*À présent les revendications de la femme vont prendre tout leur poids*”. La elección de la traducción se cae por su propio peso.

En 1971 de Beauvoir publica el *Manifiesto de las 343*, o *Manifiesto por el Aborto Legal*, firmado por ella y otras 342 mujeres que habían abortado, apodadas, lógicamente, “sinvergüenzas”, por ponerlo educadamente.

Libro: El Segundo Sexo (1949)
Segunda Parte: Historia
Capítulo 4 (extracto)

...Uno de los problemas esenciales que se plantean a propósito de la mujer, según hemos visto ya, es el de la conciliación de su papel reproductor con su trabajo productivo. La razón profunda que en el origen de la Historia consagra a la mujer a las faenas domésticas y le prohíbe participar en la construcción del mundo, es su sometimiento a la función generadora. En las hembras de los animales hay un ritmo entre el celo y las estaciones que asegura la economía de sus fuerzas; por el contrario, entre la pubertad y la menopausia, la Naturaleza no limita la capacidad de gestación de la mujer. Ciertas civilizaciones prohíben las uniones precoces; se citan tribus indias donde se exige que se asegure a las mujeres un reposo de dos años, por lo menos, entre parto y parto; pero en conjunto, y durante numerosos siglos, la fecundidad femenina no ha sido reglamentada.

Existen desde la Antigüedad²⁵ prácticas anticonceptivas, generalmente para uso de la mujer: pociones, supositorios, tampones vaginales; sin embargo, tales prácticas constituían un secreto de prostitutas y médicos; quizá ese secreto fuera conocido por aquellas romanas de la decadencia a quienes los escritores satíricos reprochaban su esterilidad. Sin embargo, la Edad Media las ignoró; no se halla traza de ellas hasta el siglo XVIII. Para multitud de mujeres, la vida en aquella época era una ininterrumpida serie de embarazos; hasta las mujeres de costumbres alegres pagaban con numerosas maternidades sus licencias amorosas. En ciertas épocas, la Humanidad ha experimentado la acuciante necesidad de reducir el número de la población; pero, al mismo tiempo, las naciones temían debilitarse; en las épocas de crisis y de miseria, se lograba una disminución del índice de nacimientos mediante el retraso de la edad de los solteros para contraer matrimonio. La regla general era casarse joven y tener tantos hijos como la mujer pudiese traer al mundo; únicamente la mortalidad infantil reducía el número de los hijos vivos. Ya en el siglo XVII, el abate De Pure²⁶ protesta contra «la hidropesía amorosa» a la que están condenadas las mujeres;

²⁵ «La más antigua mención conocida respecto a procedimientos anticonceptivos sería un papiro egipcio del segundo milenio antes de nuestra Era, que recomienda la aplicación vaginal de una extraña mezcla compuesta por excrementos de cocodrilo, miel, natrón y una sustancia gomosa.» (P. Ariès: *Histoire des populations françaises*.) Los médicos persas de la Edad Media conocían treinta y una recetas, de las cuales solamente nueve eran para el hombre. Soranos, en la época de Adriano, explica que, en el momento de la eyaculación, la mujer que no desea tener hijos debe «contener la respiración, echar un poco el cuerpo hacia atrás, con objeto de que el semen no penetre en el *os uteri*, levantarse inmediatamente, ponerse en cuclillas y provocar estornudos».

²⁶ En la *Précieuse*, 1656.

y madame de Sévigné recomienda a su hija que evite embarazos demasiado frecuentes. Pero es en el siglo XVIII cuando se desarrolla en Francia la tendencia malthusiana. Primero las clases acomodadas y luego el conjunto de la población estiman razonable limitar el número de hijos de acuerdo con los recursos de los padres, y los procedimientos anticonceptivos empiezan a introducirse en las costumbres. En 1778 el demógrafo Moreau escribe: «Las mujeres ricas no son las únicas que consideran la propagación de la especie como un engaño bobo de los viejos tiempos; y esos funestos secretos, desconocidos para todo animal que no sea el hombre, han penetrado ya en el campo; se engaña a la Naturaleza hasta en las aldeas.»

La práctica del *coitus interruptus* se extiende primeramente entre la burguesía, después en las poblaciones rurales y entre los obreros; el preservativo, que ya existía como antivenéreo. se convierte en un anticonceptivo que se propaga ampliamente, sobre todo después del descubrimiento de la vulcanización, hacia 1840.²⁷ En los países anglosajones, se autoriza oficialmente el birth control, y se han descubierto multitud de métodos que permiten dissociar estas dos funciones en otro tiempo inseparables: la función sexual y la función reproductora. Los trabajos de la medicina vienesa, al establecer con precisión el mecanismo de la concepción y las condiciones que le son favorables, han sugerido también las maneras de evitarla. En Francia están prohibidas la propaganda anticonceptiva y la venta de pesarios, tampones vaginales, etc.; mas no por eso está menos difundido el *birth control*.

²⁷ «Hacia 1930, una firma norteamericana vendía veinte millones de preservativos al año. Quince manufacturas norteamericanas producían millón y medio de preservativos por día» (P. Ariès).

En cuanto al aborto, no está autorizado en ninguna parte por las leyes. El Derecho romano no acordaba protección especial a la vida embrionaria; no consideraba al nasciturus como un ser humano, sino como una parte del cuerpo materno. *Partus antequam edatur mulieris portio est vel viscerum*.²⁸ En tiempos de la decadencia, el aborto era una práctica normal, y, cuando el legislador quiso estimular los nacimientos, no se atrevió a prohibirlo. Si la mujer rehusaba el hijo contra la voluntad del marido, este podía hacer que la castigasen: pero era su desobediencia lo que constituía delito. En el conjunto de la civilización oriental y grecorromana, el aborto es admitido por la ley.

Ha sido el cristianismo el que ha trastocado en este aspecto las ideas morales, al dotar de un alma al embrión; entonces el aborto se convirtió en un crimen contra el feto mismo. «Toda mujer que hace de modo que no pueda engendrar tantos hijos como podría tener, se hace culpable de otros tantos homicidios, lo mismo que la mujer que trata de herirse después de la concepción», dice San Agustín. En Bizancio, el aborto no comportaba sino la relegación temporal; entre los bárbaros, quien practicaba el infanticidio no era censurado más que en el caso de que hubiera sido perpetrado con violencia, contra la voluntad de la madre: se le redimía mediante el pago del precio de la sangre. Los primeros Concilios, sin embargo, decretan contra este «homicidio» las penas más severas, cualquiera que sea la edad presunta del feto. Se plantea, no obstante, una cuestión que fue objeto de infinitas discusiones: ¿en qué momento penetra el alma en el cuerpo? Santo Tomás y la mayor parte de los autores fijaron la animación hacia los cuarenta días para los niños y hacia los ochenta para las niñas; entonces se introdujo una distinción entre el feto animado y el feto inanimado. En el curso de la

²⁸ «Antes de nacer, el niño es una porción de la mujer, una especie de víscera.»

Edad Media, el libro penitencial declara: «Si una mujer encinta hace perecer su fruto antes de los cuarenta y cinco días, sufrirá una penitencia de un año. Si lo hace al cabo de sesenta días, será de tres años. En fin, si el niño ya está animado, deberá ser tratada como homicida.» No obstante, el libro añade: «Existe gran diferencia entre la mujer pobre que destruye a su hijo por las dificultades que le cuesta alimentarlo y la que no persigue otra finalidad que ocultar el crimen de fornicación.» En 1556, Enrique II publicó un célebre edicto sobre el encubrimiento del embarazo; el simple encubrimiento era castigado con la muerte, y de ello se deducía que, con mayor motivo, la pena debería aplicarse a las maniobras abortivas; en realidad, el edicto se dirigía contra el infanticidio, pero fue aprovechado para dictar pena de muerte contra los autores y cómplices del aborto. La distinción entre feto animado e inanimado desapareció hacia el siglo XVIII. Al finalizar el siglo, Beccaria, cuya influencia fue considerable en Francia, postuló en favor de la mujer que rehusa tener hijos. El código de 1791 excusa a esta, pero castiga a sus cómplices a «veinte años de hierro». La idea de que el aborto es un homicidio desaparece en el siglo XIX, cuando más bien se le considera un crimen contra el Estado. La ley de 1810 lo prohíbe rotundamente, so pena de reclusión y de trabajos forzados para la mujer y sus cómplices; de hecho, los médicos lo practican siempre que se trata de salvar la vida de la madre. Por lo mismo que la ley es demasiado severa, los propios jurados cesan de aplicarla hacia finales de siglo; no había más que un número ínfimo de arrestos, y se absolvía a las cuatro quintas partes de los acusados. En 1923, una nueva ley prevé todavía los trabajos forzados para los cómplices y autores de la intervención, pero castiga a la mujer solamente con prisión o multa; en 1939, un nuevo decreto se dirige especialmente contra los técnicos, a quienes no les será ya concedido ningún sobreseimiento. En 1941, el aborto ha sido declarado crimen contra la seguridad del Estado. En los demás países, es un delito sancionado con una pena

correccional; en Inglaterra, empero, es un crimen de felony castigado con prisión o trabajos forzados. En general, códigos y tribunales se muestran mucho más indulgentes con la mujer que con los cómplices. La Iglesia, sin embargo, no ha atenuado en nada su rigor. El Código de Derecho Canónico promulgado el 27 de marzo de 1917 declara: «Quienes procuraren el aborto, sin exceptuar a la madre, una vez conseguido su propósito, incurren en excomunión latae sententiae reservada al ordinario.» No se puede alegar ninguna razón, ni siquiera el peligro de muerte que haya corrido la madre. Todavía recientemente el papa ha declarado que, entre la vida de la madre y la del hijo, es preciso sacrificar la primera: en efecto, al estar bautizada, la madre puede ganar el cielo —curiosamente, el infierno jamás interviene en tales cálculos—, mientras que el feto está destinado al limbo a perpetuidad.²⁹

Solo durante un breve período ha estado oficialmente autorizado el aborto en Alemania antes del nazismo y en la

²⁹ En el volumen segundo volveremos a ocuparnos de la discusión sobre esta actitud. Señalemos únicamente que los católicos están muy lejos de tomar al pie de la letra la doctrina de San Agustín. El confesor susurra a la joven novia, en la víspera de la boda, que puede hacer con su marido no importa qué, siempre que el coito termine «como debe ser»; están prohibidas las prácticas positivas del birth control —comprendido el *coitus interruptus*—, pero se tiene derecho a utilizar el calendario establecido por los sexólogos vieneses y perpetrar el acto cuyo solo objeto reconocido es el de la generación, en los días en que la concepción le es imposible a la mujer. Hay directores espirituales que incluso comunican este calendario a su grey. La realidad es que hay multitud de «madres cristianas» que solo tienen dos o tres hijos, pese a no haber interrumpido sus relaciones conyugales después del último parto.

URSS antes de 1936.³⁰ Sin embargo, y pese a la religión y las leyes, ocupa en todos los países un lugar considerable. En Francia se cuentan todos los años de ochocientos mil a un millón —o sea, tantos como nacimientos—, siendo casadas los dos tercios de las mujeres que los sufren, muchas de las cuales ya han tenido uno o dos hijos. A despecho de los prejuicios, las resistencias y las supervivencias de una moral caduca, se ha asistido, pues, al paso de una fecundidad libre a una fecundidad dirigida por el Estado o los individuos.

Los progresos de la obstetricia han disminuido considerablemente los riesgos del parto; los dolores del alumbramiento están en camino de desaparecer; en estos días —marzo de 1949—, se ha decretado en Inglaterra el empleo obligatorio de ciertos métodos de anestesia; dichos métodos ya son generalmente aplicados en Estados Unidos y empiezan a difundirse en Francia. Por medio de la inseminación artificial se corona la evolución que permitirá a la Humanidad dominar la función reproductora. Tales cambios tienen inmensa importancia, sobre todo para la mujer, que puede reducir el número de sus embarazos, integrarlos racionalmente en su vida, en lugar de ser su esclava. A su vez, la mujer, en el curso del siglo XIX, se emancipa de la Naturaleza, conquista el dominio de su cuerpo. Sustraída en gran parte a las servidumbres de la reproducción, puede asumir el papel económico que se le ofrece y que le asegurará la conquista de su persona toda entera.

En virtud de esos dos factores, participación en la producción y manumisión de la esclavitud de la reproducción, se explica la evolución de la condición de la mujer. Como Engels lo previera, su estatuto social y político tenía necesariamente que transformarse. El movimiento

³⁰ Hoy lo está nuevamente (1967).

feminista esbozado en Francia por Condorcet, en Inglaterra por Mary Wollstonecraft en su obra *Vindication of the Rights of Women* y adoptado de nuevo por los sansimonianos en los inicios del siglo, no había alcanzado el éxito, puesto que carecía de bases concretas. Actualmente, las reivindicaciones de la mujer van a adquirir todo su peso. Se harán oír en el seno mismo de la burguesía. Como consecuencia del rápido desarrollo de la civilización industrial, la propiedad de bienes raíces se encuentra en retroceso con respecto a la propiedad mobiliaria: el principio de la unidad del grupo familiar pierde su fuerza. La movilidad del capital permite a su tenedor, en lugar de ser poseído por su fortuna, poseerla sin reciprocidad y poder disponer de ella. A través del patrimonio era como la mujer estaba sustancialmente vinculada a su esposo: abolido el patrimonio, los cónyuges no están ya sino yuxtapuestos, y los mismos hijos no constituyen un lazo de una solidez comparable a la del interés. El individuo va a afirmarse así contra el grupo; esta evolución es particularmente espectacular en Norteamérica, donde triunfa la moderna forma del capitalismo: el divorcio florecerá, y marido y mujer no aparecen ya sino como asociados provisionales. En Francia, donde la población rural es importante, donde el código napoleónico ha puesto bajo tutela a la mujer casada, la evolución será lenta. En 1884 se restablece el divorcio, y la mujer puede obtenerlo en caso de que el marido cometa adulterio; sin embargo, en el terreno penal, se mantiene la diferencia de sexos: el adulterio solo es delito si lo comete la mujer. El derecho de tutela, concedido con restricciones en 1907, no es plenamente conquistado hasta 1917. En 1912 se autoriza la indagación de la paternidad natural. Hay que esperar hasta 1938 y 1942 para ver modificado el estatuto de la mujer casada: entonces se abroga el deber de obediencia, aunque el padre sigue siendo el jefe de la familia; él es quien fija el domicilio, aunque la mujer puede oponerse a su elección si aporta razones válidas; sus facultades han

aumentado; sin embargo, en la embrollada fórmula: «La mujer casada tiene plena capacidad de derecho. Esta capacidad solo está limitada por el contrato matrimonial y por la ley», la última parte del artículo contradice a la primera. La igualdad de ambos cónyuges todavía no se ha realizado.

En cuanto a los derechos políticos, no sin considerables esfuerzos, se han conquistado en Francia, Inglaterra y Estados Unidos. En 1867, Stuart Mill pronunciaba en el Parlamento inglés el primer alegato en favor del voto de la mujer que jamás se haya pronunciado oficialmente. Reclamaba imperiosamente en sus escritos la igualdad de la mujer y el hombre en el seno de la familia y la sociedad. «Estoy convencido de que las relaciones sociales de ambos sexos, que subordinan un sexo al otro en nombre de la ley, son malas en sí mismas y constituyen uno de los principales obstáculos que se opondrán al progreso de la Humanidad; estoy convencido de que deben ceder el sitio a una igualdad perfecta»...

Capítulo 5

Mario Vargas Llosa: el opio del pueblo

Contextorium

Publicado en 2012, apenas dos años después de haber recibido el Premio Nobel de Literatura, *La Civilización del Espectáculo* de Mario Vargas Llosa no necesita de más contexto para los que vivimos en esta época. El título habla por sí solo y lo comprende a la vista cualquier transeúnte de razonamiento crítico, cualquier observador. El libro recopila varios de sus ensayos publicados desde los '90 en el periódico *El País*, de España, que sirven como *antecedentes* a reflexiones posteriores escritas para esta obra; estos antecedentes, en el libro, se publican al final del capítulo nuevo, como colofón.

El último de los ensayos inéditos lleva por nombre la famosa frase de Karl Marx: “el opio del pueblo”; acarrea, como es de esperar, el mismo tema: la religión. El título del libro también es prestado—*remixado*, en realidad: en 1967 Guy Debord, que así como Marx seguía otra línea política diferente a la de Vargas Llosa, publicaba en París *La Sociedad del Espectáculo*, con una aproximación distinta a la que hace el peruano, de quien tomamos este extracto, esta reflexión, para incluirla como aire fresco, y contemporáneo, y tangencial al tema de nuestra serie.

Los antecedentes al *Opio del Pueblo* se publicaron en *El País*, en agosto del '95 y en febrero del '97, y son una delicia de análisis y de lectura; dejo aquí el enlace al primero—[La señal de la cruz](#)—, y aquí al segundo—[Defensa de las sectas](#)—.

Libro: La Civilización del Espectáculo (2012)
Capítulo 6: El Opio del Pueblo (extracto)

Contrariamente a lo que los librepensadores, agnósticos y ateos de los siglos XIX y XX imaginaban, en la era posmoderna la religión no está muerta y enterrada ni ha pasado al desván de las cosas inservibles: vive y colea, en el centro de la actualidad.

No hay manera de saber, desde luego, si el fervor de creyentes y practicantes de las distintas religiones que existen en el mundo ha aumentado o decrecido. Pero nadie puede negar la presencia que ocupa el tema religioso en la vida social, política y cultural contemporánea, probablemente tanto o más grande que en el siglo XIX, cuando las luchas intelectuales y cívicas a favor o en contra del laicismo eran preocupación central en gran número de países a ambos lados del Atlántico.

Por lo pronto, el gran protagonista de la política actual, el terrorista suicida, visceralmente ligado a la religión, es un subproducto de la versión más integrista y fanática del islamismo. El combate de Al-Qaeda y su líder, el difunto Osama bin Laden, no lo olvidemos, es ante todo religioso, una ofensiva purificadora contra los malos musulmanes y renegados del islam, así como contra los infieles, nazarenos (cristianos) y degenerados de Occidente encabezados por el Gran Satán, los Estados Unidos. En el mundo árabe la confrontación que más violencias ha generado tiene un carácter inequívocamente religioso y el terrorismo islamista ha hecho hasta ahora más víctimas entre los propios musulmanes que entre los creyentes de otras religiones. Sobre todo si se tiene en cuenta el

número de iraquíes muertos o mutilados por acción de los grupos extremistas chiíes y suníes y los asesinados en Afganistán por los talibanes, movimiento integrista que nació en las madrazas o escuelas religiosas afganas y paquistaníes, y que, al igual que Al-Qaeda, no ha vacilado nunca en asesinar a musulmanes que no comparten su puritanismo integrista.

Las divisiones y conflictos diversos que recorren a las sociedades musulmanas no han contribuido en lo más mínimo a atenuar la influencia de la religión en la vida de los pueblos sino a exacerbarla. En todo caso, no es el laicismo el que ha ganado terreno; más bien, en países como el Líbano y Palestina, los focos laicistas se han encogido en los últimos años con el crecimiento como fuerzas políticas del Hezbolá («El Partido de Dios») libanés y de Hamás, que obtuvo el control de la Franja de Gaza en limpias elecciones. Estos partidos, al igual que la Yihad Islámica palestina, tienen un origen fundamentalmente religioso. Y, en las primeras elecciones libres que han celebrado en su historia Túnez y Egipto, la mayoría de los votos ha favorecido a los partidos islámicos (más bien moderados).

Si esto ocurre en el seno del islam, no se puede decir que la convivencia entre las distintas denominaciones, iglesias y sectas cristianas sea siempre pacífica. En Irlanda del Norte la lucha entre la mayoría protestante y la minoría católica, ahora interrumpida (ojalá que para siempre), ha dejado una abrumadora cantidad de muertos y heridos por las acciones criminales de los extremistas de ambos bandos. También en este caso el conflicto político entre unionistas e independentistas ha ido acompañado de un

simultáneo y más profundo antagonismo religioso, como entre las facciones adversarias del islam.

El catolicismo vive en su seno grandes conflictos. Hasta hace algunos años, el más intenso era entre los tradicionalistas y los progresistas promotores de la Teología de la Liberación, pugna que luego de la entronización de dos pontífices de línea conservadora — Juan Pablo I y Benedicto XVI— parece haberse resuelto, por el momento, con el acorralamiento (no la derrota) de esta última tendencia. Ahora, el problema más agudo que enfrenta la Iglesia católica es la revelación de una poderosa tradición de violaciones y pedofilia en colegios, seminarios, albergues y parroquias, truculenta realidad señalada hacía años por indicios y sospechas que, durante mucho tiempo, la Iglesia consiguió silenciar. Pero, en los últimos años, debido a acciones y denuncias judiciales de las propias víctimas, estos abusos sexuales han ido saliendo a la luz de manera tan numerosa que no se puede hablar de casos aislados sino de prácticas muy extendidas en el espacio y en el tiempo. El hecho ha causado escalofríos en el mundo entero, sobre todo entre los propios fieles. La aparición de testimonios de millares de víctimas en casi todos los países católicos llevó a la Iglesia en ciertos lugares, como Irlanda y los Estados Unidos, al borde de la quiebra por las elevadísimas sumas que se ha visto obligada a gastar defendiéndose ante los tribunales o pagando daños y perjuicios a las víctimas de violaciones y maltratos sexuales cometidos por sacerdotes. Pese a sus protestas, resulta evidente que parte al menos de la jerarquía eclesiástica —las acusaciones en este sentido han alcanzado al propio pontífice— se hizo cómplice de los religiosos pedófilos y violadores, protegiéndolos,

negándose a denunciarlos a las autoridades, y limitándose a cambiarlos de destino sin apartarlos de sus tareas sacerdotales, incluida la enseñanza de menores. La severísima condena por parte del papa Benedicto XVI de los Legionarios de Cristo, a los que ha declarado en reorganización integral, y de su fundador, el padre Marcial Maciel, mexicano, bígamo, incestuoso, estafador, estuprador de niños y niñas, incluido uno de sus propios hijos —un personaje que parece escapado de las novelas del marqués de Sade—, no acaba de borrar las sombras que todo ello ha echado sobre una de las más importantes religiones del mundo.

¿Ha contribuido todo este escándalo a mermar la influencia de la Iglesia católica? No me atrevería a afirmarlo. Es verdad que en muchos países los seminarios se cierran por falta de novicios y que, comparados con los de antaño, las limosnas, donaciones, herencias y legados que recibía la Iglesia han disminuido. Pero, en un sentido no numérico, se diría que las dificultades han aguzado la energía y militancia de los católicos, que nunca han estado más activos en sus campañas sociales, manifestándose contra los matrimonios gays, la legalización del aborto, las prácticas anticonceptivas, la eutanasia y el laicismo. En países como España la movilización católica —tanto de la jerarquía como de las organizaciones seculares de la Iglesia—, de impresionante amplitud, alcanza por momentos una virulencia que de ningún modo se podría considerar la de una Iglesia en retirada o contra las cuerdas. El poder político y social que en la mayor parte de los países latinoamericanos ejerce la Iglesia católica sigue incólume y a ello se debe que, en materia de libertad sexual y liberación de la mujer, los avances sean mínimos.

En la gran mayoría de países iberoamericanos, la Iglesia católica ha conseguido que la «píldora» y la «píldora del día siguiente» sigan siendo ilegales, así como toda forma de prácticas anticonceptivas. La prohibición, claro está, sólo es efectiva para las mujeres pobres pues de la clase media para arriba los anticonceptivos, así como el aborto, se practican de manera extendida pese a la prohibición legal.

Cosa parecida puede decirse de las iglesias protestantes. Ellas, con apoyo de los católicos muchas veces, han tomado la iniciativa en Estados Unidos de movilizarse para que la enseñanza escolar se ajuste a los postulados de la Biblia, y quede abolida de los programas la teoría de Darwin sobre la selección de las especies y la evolución, y se la reemplace por el «creacionismo», o «diseño inteligente», postura anticientífica que, por anacrónica y oscurantista que parezca, no es imposible que llegue a prevalecer en ciertos estados norteamericanos donde la influencia religiosa es muy grande en el campo político.

De otro lado, la ofensiva misionera protestante en América Latina y otras regiones del Tercer Mundo es enorme, resuelta, y ha obtenido resultados notables. Las iglesias evangélicas han desplazado en muchos lugares apartados y marginales, de extrema pobreza, al catolicismo, que, por falta de sacerdotes o merma del fervor misionero, ha cedido terreno a las impetuosas iglesias protestantes. Éstas tienen buena acogida entre las mujeres por su prohibición del alcohol y su exigencia de entrega constante a las prácticas religiosas de los conversos, lo que contribuye a la estabilidad de las

familias y mantiene a los maridos alejados de cantinas y burdeles.

La verdad es que en casi todos los conflictos más sangrientos de los últimos tiempos —Israel/Palestina, la guerra de los Balcanes, las violencias de Chechenia, los incidentes en China en la región de Xinjiang, donde ha habido levantamientos de los uigures, de religión musulmana, las matanzas entre hindúes y musulmanes en la India, los choques entre ésta y Pakistán, etcétera— la religión asoma como la razón profunda del conflicto y de la división social que está detrás de la sangría.

El caso de la URSS y los países satélites es instructivo. Al desplomarse el comunismo, luego de setenta años de persecución a las iglesias y prédica atea, la religión no sólo no ha desaparecido, sino que renació y volvió a ocupar un lugar prominente en la vida social. Ha ocurrido en Rusia, donde de nuevo se llenan las iglesias y reaparecen los popes en el mundo oficial y por doquier, y en las antiguas sociedades que estuvieron bajo el control soviético. Al desplomarse el comunismo, la religión, ortodoxa o católica, florece de nuevo, lo que indica que nunca desapareció, sólo se mantuvo adormecida y oculta para resistir el asedio, contando siempre con el apoyo discreto de vastos sectores de la sociedad. El renacer de la Iglesia ortodoxa rusa es impresionante. Los gobiernos bajo la presidencia de Putin, y luego de Medvédev, han comenzado a devolver las iglesias y propiedades religiosas confiscadas por los bolcheviques y está en proceso incluso la devolución de las catedrales del Kremlin, así como conventos, escuelas, obras de arte y cementerios que antaño pertenecieron a la Iglesia. Se calcula que, desde la

caída del comunismo, el número de fieles ortodoxos se ha triplicado en toda Rusia.

La religión, pues, no da señales de eclipsarse. Todo indica que tiene vida para rato. ¿Es esto bueno o malo para la cultura y la libertad?

La respuesta a esta pregunta del científico británico Richard Dawkins, quien ha publicado un libro contra la religión y en defensa del ateísmo —*The God Delusion*—, así como la del periodista y ensayista Christopher Hitchens, autor de otro libro reciente titulado significativamente *Dios no es bueno. Alegatos contra la religión*, no deja dudas. Pero en la reciente polémica que ambos protagonizaron actualizando los antiguos cargos de oscurantismo, superstición, irracionalidad, discriminación de género, autoritarismo y conservadurismo retrógrado contra las religiones, hubo también numerosos científicos, como el premio Nobel de Física Charles Townes (que patrocina la tesis del «diseño inteligente»), y publicistas que, con no menos entusiasmo, defienden sus creencias religiosas y refutan los argumentos según los cuales la fe en Dios y la práctica religiosa son incompatibles con la modernidad, el progreso, la libertad y los descubrimientos y verdades de la ciencia contemporánea.

Ésta no es una polémica que se pueda ganar o perder con razones, porque a éstas antecede siempre un *parti pris*: un acto de fe. No hay manera de demostrar racionalmente que Dios exista o no exista. Cualquier razonamiento a favor de una tesis tiene su equivalente en la contraria, de modo que en torno a este asunto todo

análisis o discusión que quiera confinarse en el campo de las ideas y razones debe comenzar por excluir la premisa metafísica y teológica —la existencia o inexistencia de Dios— y concentrarse en las secuelas y consecuencias que de aquélla se derivan: la función de iglesias y religiones en el desenvolvimiento histórico y la vida cultural de los pueblos, asunto que sí está dentro de lo verificable por la razón humana.

Un dato fundamental a tener en cuenta es que la creencia en un ser supremo, creador de lo que existe, y en otra vida que antecede y sigue a la terrenal, forma parte de todas las culturas y civilizaciones que se conocen. No hay excepciones a esta regla. Todas tienen su dios o sus dioses y todas confían en otra vida después de la muerte, aunque las características de esta trascendencia varíen hasta el infinito según el tiempo y el lugar. ¿A qué se debe que los seres humanos de todas las épocas y geografías hayan hecho suya esta creencia? Los ateos responden de inmediato: a la ignorancia y al miedo a la muerte. Hombres y mujeres, no importa cuál sea su grado de información o de cultura, de lo más primitivo a lo más refinado, no se resignan a la idea de la extinción definitiva, a que su existencia sea un hecho pasajero y accidental, y, por ello, necesitan que haya otra vida y un ser supremo que la presida. La fuerza de la religión es tanto mayor cuanto más grande sea la ignorancia de una comunidad. Cuando el conocimiento científico va limpiando las legañas y supersticiones de la mente humana y reemplazándolas con verdades objetivas, toda la construcción artificial de los cultos y creencias con que el primitivo trata de explicarse el mundo, la naturaleza y el trasmundo, comienza a resquebrajarse. Éste es el

principio del fin para esa interpretación mágica e irracional de la vida y la muerte, lo que al fin y al cabo marchitará y evaporará a la religión.

Ésa es la teoría. En la práctica no ha ocurrido ni tiene visos de ocurrir. El desarrollo del conocimiento científico y tecnológico ha sido prodigioso (no siempre benéfico) desde la época de las cavernas y ha permitido al ser humano conocer profundamente la naturaleza, el espacio estelar, su propio cuerpo, averiguar su pasado, dar unas batallas decisivas contra la enfermedad y elevar las condiciones de vida de los pueblos de una manera inimaginable para nuestros ancestros. Pero, salvo para minorías relativamente pequeñas, no ha conseguido arrancar a Dios del corazón de los hombres ni que las religiones se extingan. El argumento de los ateos es que se trata de un proceso todavía en marcha, que el avance de la ciencia no se ha detenido, sigue progresando y tarde o temprano llegará el final de ese combate atávico en el que Dios y la religión desaparecerán expulsados de la vida de los pueblos por las verdades científicas. Este artículo de fe para los liberales y progresistas decimonónicos es difícil de aceptar cotejado con el mundo de hoy, que lo desmiente por doquier: Dios nos rodea por los cuatro costados y, enmascaradas con disfraces políticos, las guerras religiosas siguen causando tantos estragos a la humanidad como en la Edad Media. Lo cual no demuestra que Dios efectivamente exista, sino que una gran mayoría de seres humanos, entre ellos muchos técnicos y científicos destacados, no se resignan a renunciar a esa divinidad que les garantiza alguna forma de supervivencia después de la muerte.

Por lo demás no es sólo la idea de la muerte, de la extinción física, lo que ha mantenido viva a la trascendencia a lo largo de la historia.

También, la creencia complementaria de que es necesaria, indispensable, para que esta vida sea soportable, una instancia superior a la terrena, donde se premie el bien y se castigue el mal, se discrimine entre las buenas y las malas acciones, se reparen las injusticias y crueldades de que somos víctimas y reciban sanción quienes nos las infligen. La realidad es que, pese a todos los avances que en materia de justicia ha hecho la sociedad desde los tiempos antiguos, no hay comunidad humana en la que el grueso de la población no tenga el sentimiento y la convicción absoluta de que la justicia total no es de este mundo. Todos creen que, no importa cuán equitativa sea la ley ni cuán respetable sea el cuerpo de magistrados encargados de administrar justicia, o cuán honrados y dignos los gobiernos, la justicia no llega a ser nunca una realidad tangible y al alcance de todos, que defienda al individuo común y corriente, al ciudadano anónimo, de ser abusado, atropellado y discriminado por los poderosos. No es por eso raro que la religión y las prácticas religiosas estén más arraigadas en las clases y sectores más desfavorecidos de la sociedad, aquellos contra los cuales, por su pobreza y vulnerabilidad, se encarnizan los abusos y vejámenes de toda índole y que por lo general quedan impunes. Se soporta mejor la pobreza, la discriminación, la explotación y el atropello si se cree que habrá un desagravio y una reparación póstumos para todo ello. (Por eso, Marx llamó a la religión «el opio del pueblo», droga que anesthesiaba el espíritu

rebelde de los trabajadores y permitía a sus amos vivir tranquilos explotándolos).

Otra de las razones por las que los seres humanos se aferran a la idea de un dios todopoderoso y una vida ultraterrena es que, unos más y otros menos, casi todos sospechan que si aquella idea desapareciera y se instalara como una verdad científica inequívoca que Dios no existe y la religión no es más que un embeleco desprovisto de sustancia y realidad, sobrevendría, a la corta o a la larga, una barbarización generalizada de la vida social, una regresión selvática a la ley del más fuerte y la conquista del espacio social por las tendencias más destructivas y crueles que anidan en el hombre y a las que, en última instancia, frenan y atenúan no las leyes humanas ni la moral entronizada por la racionalidad de los gobernantes, sino la religión. Dicho de otro modo, si hay algo que todavía pueda llamarse una moral, un cuerpo de normas de conducta que propicien el bien, la coexistencia en la diversidad, la generosidad, el altruismo, la compasión, el respeto al prójimo, y rechacen la violencia, el abuso, el robo, la explotación, es la religión, la ley divina y no las leyes humanas. Desaparecido este antídoto, la vida se iría tornando poco a poco un aquelarre de salvajismo, prepotencia y exceso, donde los dueños de cualquier forma de poder —político, económico, militar, etcétera— se sentirían libres de cometer todos los latrocinios concebibles, dando rienda suelta a sus instintos y apetitos más destructivos. Si esta vida es la única que tenemos y no hay nada después de ella y vamos a extinguirnos para siempre jamás, ¿por qué no trataríamos de aprovecharla de la máxima manera posible, aun si ello significara precipitar nuestra propia ruina y sembrar nuestro

alrededor con las víctimas de nuestros instintos desatados? Los hombres se empeñan en creer en Dios porque no confían en sí mismos. Y la historia nos demuestra que no les falta razón pues hasta ahora no hemos demostrado ser confiables.

Esto no quiere decir, desde luego, que la vigencia de la religión garantice el triunfo del bien sobre el mal en este mundo y la eficacia de una moral que ataje la violencia y la crueldad en las relaciones humanas. Sólo quiere decir que, por mal que ande el mundo, un oscuro instinto hace pensar a gran parte de la humanidad que andaría todavía peor si los ateos y laicos a ultranza logran su objetivo de erradicar a Dios y a la religión de nuestras vidas. Ésta sólo puede ser una intuición o una creencia (otro acto de fe): no hay estadística capaz de probar que es así o lo contrario...

Capítulo 6

Emma Goldman: *La Hipocresía del Puritanismo*

Contextorium

“La roja Emma lanza algunas bombas verbales” reza el subtítulo de una noticia del *Rochester Sunday* de marzo de 1934, escrita en medio de la gira mediática de Emma Goldman luego de que recibiera permiso para retornar a Estados Unidos después de poco más de 14 años de haber sido deportada. La visa le duró 4 meses y no se la volvieron a renovar más. Las bombas verbales no dejó de lanzarlas nunca y lo sigue haciendo desde ultratumba. Su ensayo de 1910 *La Hipocresía del Puritanismo* (que leemos completo a continuación), por supuesto, no es excepción. Revisado y aumentado por última vez en 1917 para sus *Anarchism and other essays*, párrafo tras párrafo, como era su costumbre y con la claridad con la que escribía, no se guarda críticas ni bombas ni comentarios tan certeros como algunas puñaladas.

En tierra norteamericana, antes de ser expulsada, escribía cosas como que ni en Rusia “se ultrajan tan frecuentemente las libertades personales como ocurre en Norteamérica, el baluarte de los eunucos puritanos”. Las libertades a las que se refiere tienen que ver con nuestros impulsos naturales: los sexuales y los que buscan esconderlos—ya sea mediante la culpa, la guerra psicológica o la ley—, siendo estos últimos de base puritana y la base de prohibiciones, la mayoría absurdas. Para Goldman—como charlamos en un capítulo anterior

de la serie, en la primera aparición de la roja Emma—, las prohibiciones no solucionan el problema y son pura farsa, puro hipocresía, “como todo el mundo bien sabe”. Critica aquí la *Ley Seca*, las leyes construidas sobre la prostitución, el convertir en tabú las enfermedades venéreas, la prohibición del aborto, y otras “estupideces” que no son más que la consecuencia de un moralismo ideológico convertido en ley y camisa de fuerza que no tiene base ni en la realidad, ni en la esencia del ser humano. El puritanismo, dice, no hace nada más que arruinar la vida y “sigue siendo el peor enemigo de la libertad y de la belleza”.

Ensayo: *La Hipocresía del Puritanismo* (1910)

Hablando del puritanismo en relación con el arte norteamericano, Mr. Gutzon Borglum³¹ afirmaba:

“El puritanismo nos ha hecho tan egocéntricos e hipócritas por tanto tiempo, que la sinceridad y la veneración por lo que es natural en nuestros impulsos han sido limpiamente extirpadas de nosotros, con el resultado de que ya no puede haber ninguna verdad ni individualidad en nuestro arte”.

Mr. Borglum pudo añadir que el puritanismo hizo la vida en sí misma imposible. Más que el arte, más que la estética, la vida representa la belleza en miles de variables; es, en realidad, un gigantesco panorama en mudanza continua. El puritanismo, por otro lado, descansa en una concepción de vida fija e inamovible; se basa en la idea calvinista, por la cual la existencia es una maldición, impuesta al ser humano por mandato de Dios. Con la finalidad de redimirse, el ser

³¹ Nota de Conectorium: escultor del Monte Rushmore.

humano ha de penar constantemente, debe repudiar cada impulso natural y sano, dándole la espalda a la alegría y a la belleza.

El puritanismo impuso su reino de terror en Inglaterra durante los siglos XVII y XVIII, destruyendo y persiguiendo toda manifestación de arte y cultura. Fue el espíritu del puritanismo el que le robó a Shelley sus hijos porque no quiso inclinarse ante los dictados de la religión. Fue la misma estrechez espiritual que alejó a Byron de su tierra natal, porque el gran genio se rebeló frente a la monotonía, la vulgaridad y la pequeñez de su país. Ha sido también el puritanismo el que forzó a algunas de las mujeres más libres de Inglaterra a incurrir en la mentira convencional del matrimonio: Mary Wollstonecraft y, posteriormente, George Elliot. Y más recientemente también exigió otra víctima: la vida de Oscar Wilde. En efecto, el puritanismo nunca ha cesado de ser el más pernicioso factor en los dominios de John Bull, actuando como censor de las expresiones artísticas de su pueblo, estampando su aprobación sólo en la monotonía de la respetable clase media.

Y es por eso que el depurado patriotismo británico ha señalado a Norteamérica como un país de puritanismo provincialista. Es una gran verdad que nuestra vida ha sido infectada por el puritanismo, el cual está matando todo lo que es natural y sano en nuestros impulsos. Pero también es verdad que a Inglaterra debemos el haber transplantado este espíritu al suelo americano. Nos fue legado por nuestros padres fundadores. Huyendo de la persecución y la opresión, los afamados peregrinos del *Mayflower* establecieron en el Nuevo Mundo el reino de la tiranía y crimen puritano. La historia de Nueva Inglaterra, y especialmente la de Massachusetts, está llena de horrores que convirtieron la vida en tinieblas, la alegría en desesperación, lo natural en morbosa enfermedad, y la honestidad y la verdad en odiosas

mentiras e hipocresías. Emplumar vivas las víctimas con alquitrán, así como condenarlas al escarnio público de los azotes, como otras tantas formas de torturas y suplicios, fueron los métodos ingleses favoritos para la purificación de los norteamericanos.

Boston, la ciudad de la cultura, ha pasado a la historia de los anales del puritanismo, como *La Ciudad Sangrienta*. Rivalizó incluso con Salem, en su cruel persecución de las opiniones religiosas no autorizadas. En el ahora famoso *Common*, una mujer medio desnuda, con un bebé en sus brazos, fue azotada públicamente por el supuesto delito de abusar de la libertad de palabra; y en el mismo lugar Mary Dyer, otra mujer cuáquera, fue ahorcada en 1659. De hecho, Boston ha sido el escenario de más de un horrible crimen cometido por el puritanismo. En Salem, en el verano de 1692, se mató a ochenta personas por brujería. No estuvo sola Massachusetts en la expulsión del diablo mediante el fuego y el azufre. Como bien dijo Canning: *Los padres peregrinos infectaron el Nuevo Mundo para enderezar los entuertos del Viejo*. Los horrores de esa época han encontrado su máxima expresión en el clásico norteamericano, *La letra escarlata*.³²

El puritanismo ya no emplea el torniquete y la mordaza, pero sigue manteniendo una influencia cada vez más perniciosa en la mentalidad y sentimientos de los norteamericanos. No otra cosa puede explicar el poder de un Comstock. Como los Torquemada de los días anteriores a la Guerra de Secesión, Anthony Comstock es el autócrata de la moral de los norteamericanos; dicta los cánones de lo bueno y de lo malo, de la pureza y del vicio. Como un ladrón en la noche, se desliza en la vida privada de las personas, espionando sus intimidades más recatadas. El sistema de espionaje implantado por este hombre supera en desvergüenza a la

³² Nota de Conectorium: novela de Nathaniel Hawthorne.

infame *Tercera División* de la policía secreta rusa. ¿Cómo puede tolerar el público semejante ultraje a sus libertades? Simplemente porque Comstock es la grosera expresión del puritanismo que se injertó en la sangre anglosajona, y aun los más avanzados liberales no han podido emanciparse a sí mismos. Los cortos de entendimiento y las principales figuras de *Young Men's and Women's Christian Temperance Unions*, *Purity League*, *American Sabbath Unions* y el *Prohibition Party*, con Anthony Comstock como su santo y patrón, son los sepultureros del arte y de la cultura norteamericana.

Europa por lo menos puede jactarse de poseer cierta vitalidad en sus movimientos literarios y artísticos, los que en sus múltiples manifestaciones trataron de ahondar en los problemas sociales y sexuales de nuestro tiempo, ejerciendo una severa crítica acerca de todas nuestras indudables fallas. Como con un bisturí de cirujano, la carcasa del puritanismo es diseccionada, intentando despejar el camino para la liberación humana del peso muerto del pasado. Pero con el puritanismo vigilando la vida norteamericana, ninguna verdad ni sinceridad es posible. No hay nada más que la sordidez y la mediocridad para dirigir la conducta humana, coartando la expresión natural y sofocando nuestros mejores impulsos. El puritanismo en este siglo XX sigue siendo el peor enemigo de la libertad y de la belleza, como cuando por primera vez desembarcó en Plymouth Rock. Repudia, como algo vil y pecaminoso, nuestros más profundos sentimientos; pero ignorando absolutamente las funciones de las emociones humanas, el puritanismo en sí es el creador de los más horribles vicios.

Toda la historia del ascetismo demuestra esta verdad irrefutable. La Iglesia, así como el puritanismo, ha combatido la carne como un mal y la quiso domeñar a toda costa. El resultado de esta malsana actitud ha comenzado a ser reconocida por los modernos pensadores y educadores. Han

comprendido que “*la desnudez posee un valor higiénico así como una importancia espiritual, más allá de sus influencias en tranquilizar la natural curiosidad de los jóvenes o actuando como preventivo de las emociones mórbidas. Es una inspiración para los adultos quienes crecieron sin satisfacer cualquier curiosidad juvenil. La visión de la fundamental y eterna forma humana, la cosa más cercana a nosotros en todo el mundo, con su vigor, su belleza y su gracia, es uno de los principales tónicos de la vida*”.³³ Pero el espíritu del puritanismo ha pervertido la mente humana que ha perdido su capacidad para apreciar la belleza del desnudo, obligándonos a ocultar la forma natural con el pretexto de la castidad. Y la propia castidad no es más que una imposición artificial a la naturaleza, evidenciando una falsa vergüenza frente al cuerpo humano. La idea moderna de la castidad, en especial respecto de las mujeres, su principal víctima, es una sensual exageración de nuestros impulsos naturales. “*La castidad varía según la cantidad de ropa que se lleva encima*”, y de ahí que los cristianos y puristas siempre procuran cubrir al “*Salvaje*” con trapos, y en consecuencia convertirlo en puro y casto.

El puritanismo, con su perversión del significado y función del cuerpo humano, particularmente con respecto a la mujer, la ha condenado al celibato o a la procreación indiscriminada de una especie enferma, o a la prostitución. La enormidad de este crimen contra la humanidad se nos muestra cuando tomamos en cuenta sus resultados. A la mujer soltera se le impone una absoluta continencia sexual, bajo la amenaza de ser considerada inmoral o una *perdida*, con la consecuencia de producir neurastenia, impotencia, depresión y una gran variedad de trastornos nerviosos que conllevarán la disminución de la capacidad de trabajo, la limitación de la alegría por vivir, el insomnio y una preocupación por los deseos y fantasías sexuales. El arbitrario y nocivo precepto

³³ Nota de Emma Goldman: *The Psychology of Sex*, Havelock Ellis.

de la total continencia probablemente explica igualmente las desigualdades mentales de los sexos. Así lo cree Freud, que la inferioridad intelectual de muchas mujeres se debe a la inhibición que se les ha impuesto con el fin de la represión sexual. Habiendo así suprimido los deseos sexuales naturales de la mujer soltera, el puritanismo, por otro lado, bendice a su hermana casada con una fecundidad prolífica en el matrimonio. De hecho, no sólo la bendice, sino fuerza a la mujer, sexualmente obsesionada por la represión previa, a tener hijos, sin tener en cuenta su delicada condición física o incapacidad económica para mantener a una familia amplia. Los métodos preventivos, incluso los más seguros determinados científicamente, están completamente prohibidos e, incluso, la simple mención de los mismos, se considera como un crimen.

Gracias a esta tiranía del puritanismo, la mayoría de las mujeres se encuentran en el extremo de sus capacidades físicas. Enfermas y agotadas, se encuentran incapacitadas de ofrecer a sus hijos incluso los más elementales cuidados. Lo cual, unido a la presión económica, obliga a muchas mujeres a correr cualquier riesgo, independiente de su peligro, antes de continuar dando a luz. El hábito de provocar los abortos está alcanzando tales proporciones en Norteamérica que cuesta creerlo. De acuerdo con recientes investigaciones sobre la cuestión, diecisiete abortos son realizados cada cien embarazos. Este alarmante porcentaje sólo representa los casos conocidos por los médicos. Teniendo en cuenta el secreto con que necesariamente se tienen que practicar, y las consecuencias de la ineficacia y negligencia profesional, el puritanismo continuamente supone miles de víctimas por su propia estupidez e hipocresía.

La prostitución, aunque se la persiga, se la encarcele y se la encadene, es simplemente el gran triunfo del puritanismo. Es su niña mimada, a pesar de toda la hipócrita mojigatería. La

prostituta es el furor de nuestro siglo, barriendo a lo largo de los países “civilizados” como un huracán, y dejando un rastro de enfermedades y desastres. Como único remedio, el puritanismo plantea frente a esta hija descarriada una gran represión y una más despiadada persecución. La última atrocidad está representada por la *Ley Page*, que ha impuesto en el estado de New York el terrible fracaso y crimen de Europa, esto es, el registro e identificación de las desafortunadas víctimas del puritanismo. De igual estúpida manera, el puritanismo busca ocultar el terrible azote que él mismo ha creado, las enfermedades venéreas. Lo más desalentador es este espíritu obtuso de cerrazón mental que ha emponzoñado a los denominados liberales, y los ha cegado para que se unan a la cruzada contra esta cosa nacida de la hipocresía del puritanismo: la prostitución y sus consecuencias. En su cobarde miopía, el puritanismo rehúsa ver que el verdadero método de prevención es afirmar abiertamente que *“las enfermedades venéreas no son una cuestión misteriosa o terrible, el castigo del pecado de la carne, una especie de marca vergonzosa del diablo producto de la maldición puritana, sino una enfermedad común que puede ser tratada y curada”*. Mediante sus métodos oscurantistas, de enmascaramiento y ocultación, el puritanismo ha creado las condiciones favorables para que crezcan y se expandan estas enfermedades. Su intolerancia ha quedado demostrada notablemente de nuevo por la insensata actitud frente al gran descubrimiento del profesor Ehrlich, velando hipócritamente esta importante cura para la sífilis con la vaga alusión a un remedio para *“cierto veneno”*.

La ilimitada capacidad del puritanismo para hacer el mal se basa en su atrincheramiento tras el Estado y las leyes. Pretendiendo salvaguardar a las personas frente a la *“inmoralidad”*, se ha infiltrado en la maquinaria gubernamental dándole el carácter de guardián moral de la censura legal de nuestros planteamientos, sentimientos e incluso de nuestras conductas.

El arte, la literatura, el teatro, la privacidad del correo, de hecho, nuestros más íntimos gustos, están a merced de este inexorable tirano. Anthony Comstock, o cualquier otro policía ignorante, ha recibido el poder de profanar el genio, echar por tierra y mutilar la sublime creación de la naturaleza: el cuerpo humano. Los libros que versan sobre las cuestiones más vitales de nuestra vida, y buscan echar luz sobre los peligrosamente ocultados problemas, son legalmente tratados como ataques criminales, y sus infortunados autores arrojados en la cárcel o llevados a la desesperación y la muerte.

Ni en los dominios del zar se ultrajan tan frecuentemente las libertades personales como ocurre en Norteamérica, el baluarte de los eunucos puritanos. Aquí, el único día dejado para el descanso de las masas, el domingo, se ha convertido en odioso y completamente antipático. Todos los escritores sobre las primitivas costumbres y las antiguas civilizaciones están de acuerdo en que el *Sabbath* era un día de festividades, libre de cuidados y obligaciones, un día de general regocijo y diversión. En todos los países europeos esta tradición sigue aportando algún alivio frente a la monotonía y estupidez de nuestra era cristiana. Todas las salas de conciertos, museos y parques están repletos con hombres, mujeres y niños, particularmente de obreros con sus familias, vivaces y alegres, olvidando la rutina y las convenciones de su existencia cotidiana. Es en este día cuando las masas demuestran lo que realmente significa la vida en una sociedad sana, con el trabajo despojada de su carácter lucrativo y su objetivo diletante.

El puritanismo ha robado a las personas incluso ese único día. Naturalmente, sólo los obreros se ven afectados: nuestros millonarios tienen sus hogares lujosos y suntuosos clubes. Los pobres, sin embargo, están condenados a la

monotonía y al aburrimiento del domingo norteamericano. La sociabilidad y la diversión de la vida en la calle de Europa, aquí ha sido sustituida por la penumbra de la iglesia, del sofocante y malsano salón, o la brutalizada atmósfera de los fondos de las cantinas. En los Estados en donde está vigente la *Ley Seca*, las personas añoran incluso estos últimos, a no ser que puedan invertir sus magras ganancias en adquirir grandes cantidades de bebidas adulteradas. Como todo el mundo bien sabe, la *Ley Seca* no es más que una farsa. Ésta, como otras iniciativas del puritanismo, sólo ha supuesto una mayor profundización del “mal” en el sistema humano. En ningún otro sitio se hallan más borrachos que en nuestras ciudades prohibicionistas. Pero mientras se puedan emplear caramelos perfumados para enmascarar el fétido aliento de la hipocresía, el puritanismo triunfa. Claramente, la *Ley Seca* se opone al alcohol por razones de salud y economía, pero el propio espíritu de la *Ley Seca*, siendo en sí mismo anormal, sólo tiene éxito dando lugar a una vida anormal.

Todos los estímulos que excitan la imaginación y despiertan los espíritus son tan necesarios para nuestra vida como el aire. Estimulan el cuerpo, intensifican nuestros planteamientos de compañerismo humano. Sin estímulos, de una u otra forma, el trabajo creativo es imposible, ni tampoco el espíritu de bondad y generosidad. El hecho de que algunos grandes genios veían su reflejo en una copa demasiado frecuentemente, eso no justifica al puritanismo en su intento de amordazar el conjunto de emociones humanas. Un Byron y un Poe estimularon de tal manera la humanidad que ningún puritano podría hacerlo nunca. Los primeros han dado a la vida sentido y color; los últimos han convertido la roja sangre en agua, la belleza en vulgaridad, la variedad en uniformidad y decadencia. El puritanismo, en cualquier expresión, es un germen venenoso. En la superficie puede parecer fuerte y vigoroso; sin embargo, el veneno trabaja persistentemente, hasta que toda la estructura es derribada. Todo espíritu libre

estará de acuerdo con Hippolyte Taine, en que *“El puritanismo es la muerte de la cultura, la filosofía, el humor y la buena camaradería; sus características son la vulgaridad, la monotonía y la oscuridad”*.

Capítulo 7

Clarice Lispector: neutro artesano de vida

Contextorium

Clarice Lispector, de familia judía y nacida en la constantemente problemática Ucrania, es una de las autoras más aclamadas de la historia de Brasil. Como toda gran artista, conoció la oscuridad, y la convirtió en luz. En 1963, en medio de una de las peores y más complicadas épocas familiares y sentimentales de su vida—según ella misma afirmó—, escribió la que se considera, por críticos y por ella, la obra que mejor correspondencia tiene con su estilo literario. *La Pasión Según G.H.* es una de las mejores obras de literatura latinoamericana (no lo digo yo, sino la UNESCO), una genialidad escrita casi de un solo tirón, una catarsis que no tuvo nada que ver con la crisis en la que estaba sumergida.

La novela es una especie un monólogo interno de una tal G.H., residente de Río de Janeiro en un penthouse del que conocía todo a detalle menos el cuarto de la sirvienta, que acababa de renunciar. G.H. se dispone a limpiar el cuarto, que le sorprende por immaculado, y una sola cosa la saca de sus cabales y hace nacer todo el libro en cuestión: una cucaracha, que es aplastada por inercia, como se aplastan todas las cucarachas. Por inercia también se mueve el texto, donde la última frase de cada sección se convierte en la primera de la siguiente. Entenderá el lector que me sienta encantado por esta obra en la que todo está conectado—literalmente—, y de la que extraigo una sección en la que G.H. “reconocía en la cucaracha lo insípido de aquella vez en que había estado embarazada”, embarazo que terminó en aborto.

El relato, que leemos en la traducción de Alberto Villalba Rodríguez (1988), es el final de esta serie, diferenciándose de los capítulos anteriores en que no es un ensayo de reflexión social sino una reflexión individual, con la filosofía como eje transversal. No es una comunicación hacia el mundo sino una comunicación con uno mismo, que es como se cierran todos los libros.

Libro: La Pasión Según G.H. (1964)
Extracto: neutro artesonado de vida

Neutro artesonado de vida.

Al recordar ese día en que había besado el residuo insípido que hay en la sal de lágrimas, la extrañeza de la habitación se volvió reconocible, como materia ya vivida. Si hasta entonces no había sido reconocida, era porque solo había sido insípidamente vivida por mi más profunda sangre insípida. Yo reconocía la familiaridad de todo. Las figuras en la pared las reconocía con un nuevo modo de mirar. Y también reconocía la vigilancia de la cucaracha. La vigilancia de la cucaracha era viva viviendo, mi propia vida vigilante viviéndose.

Palpé los bolsillos de mi bata, encontré un cigarrillo y fósforos, lo encendí.

Al sol la masa blanca de la cucaracha se estaba volviendo más seca y ligeramente amarillenta. Eso me indicaba que había transcurrido más tiempo del que había imaginado. Una nube cubrió el sol por un instante, y de repente vi la misma habitación sin sol.

No oscura, sino solamente sin luz. Entonces comprendí que la habitación existía por sí misma, que ella no era el calor del sol, que podía también ser fría y tranquila como la luna. Al imaginar su posible noche de luna, respiré profundamente como si entrase en un azud tranquilo. No obstante, sabía que la luna fría tampoco sería la habitación. La habitación existía en sí misma. Era la gran monotonía de una eternidad que respira. Eso me amedrentaba. El mundo dejaría de amedrentarme solo si yo me convirtiese en el mundo. Si yo fuese el mundo, no tendría miedo. Si la gente es el mundo, la gente se mueve por un delicado radar que sirve de guía.

Cuando pasó la nube, el sol volvió a la habitación aún más claro y blanco.

De vez en cuando, durante un leve instante, la cucaracha movía las antenas. Sus ojos continuaban mirándome monótonamente, dos ovarios neutros y fértiles. En ellos reconocía yo mis dos anónimos ovarios neutros. ¡Y no quería, ah, cómo no quería yo!

Había desconectado el teléfono, pero podrían quizá tocar el timbre de la puerta, ¡y quedaría yo libre! ¡La blusa!, que yo había comprado, ellos habían dicho que la mandarían, ¡y entonces tocarían el timbre!

No, no tocarían. Me vería obligada a continuar el reconocer. Y reconocía en la cucaracha lo insípido de aquella vez en que había estado embarazada.

—Me acordé de mí misma andando por las calles al saber que abortaría, doctor, yo que del hijo solo conocía y solo conocería el abortar. Pero al menos estaba conociendo el embarazo. Por las calles sentía dentro de mí al hijo que aún no se movía, mientras me detenía para mirar en los escaparates los maniqués de cera sonrientes. Y cuando entré

en el restaurante y comí, los poros de un hijo devoraban como una boca de pez al acecho. Cuando caminaba, cuando caminaba le llevaba.

Durante las interminables horas en que vagué por las calles reflexionando sobre el aborto, que no obstante ya había decidido con usted, doctor, durante esas horas mis ojos también debían de ser insípidos. En la calle yo no era más que miles de cilios de protozoo neutro batiendo, conocía ya en mí misma el mirar brillante de una cucaracha que fue atrapada por la cintura. Caminaba por las calles, con los labios resecos, y vivir, doctor, era para mí el polo opuesto de un crimen. Embarazo: había sido lanzada en el alegre horror de la vida neutra que vive y se mueve.

Y mientras miraba los escaparates, doctor, con mis labios tan resecos como los de quien no respira por la nariz, mientras contemplaba los maniqués inmóviles y sonrientes, estaba llena de plancton neutro, y abría la boca, sofocada e inmóvil, bien se lo dije a usted: «Lo que más me incomoda, doctor, es que respiro con dificultad». El plancton me daba mi color, el río Tapajós es verde porque su plancton es verde.

Cuando hubo llegado la noche, yo seguía reflexionando sobre el aborto ya decidido, acostada en la cama con mis miles de ojos facetados espiando la oscuridad, con los labios ennegrecidos de respirar, sin pensar, sin pensar, reflexionando, reflexionando: en aquellas noches toda yo me ennegrecía lentamente de mi propio plancton, tal como amarilleaba la materia de la cucaracha, y mi gradual ennegrecimiento marcaba el tiempo que transcurría. Y todo esto, ¿sería amor por el hijo?

Si lo era, entonces amor es mucho más que amor: el amor antecede al amor: es plancton luchando, y la gran neutralidad

viva luchando. Como la vida en la cucaracha atrapada por la cintura.

El miedo que siempre he tenido del silencio con el que la vida se hace. Miedo de lo neutro. Lo neutro era mi raíz más profunda y más viva; yo miré la cucaracha y sabía. Hasta el momento en que vi la cucaracha, siempre había dado un nombre a lo que estaba viviendo, para poder salvarme. Para escapar de lo neutro, había abandonado hacía mucho tiempo el ser por la persona, por la máscara humana. Al humanizarme, me había librado del desierto.

Me había librado del desierto, sí, ¡pero también lo había perdido! Y había perdido asimismo los bosques, y había perdido el aire, y había perdido el embrión dentro de mí. Sin embargo, hela ahí, la cucaracha neutra, sin nombre de dolor o de amor. Su única diferenciación de vida era que debía ser macho o hembra. Yo solo la había imaginado como hembra, pues lo que está ceñido por la cintura es hembra.

Apagué la colilla del cigarrillo que me quemaba ya los dedos, lo apagué en el suelo, minuciosamente, con mi zapatilla, y crucé mis piernas sudorosas, nunca había pensado que las piernas pudiesen sudar tanto. Nosotras dos, las enterradas vivas. Si tuviese valor, enjugaría el sudor de la cucaracha.

¿Sentía ella en sí misma algo equivalente a lo que mi mirada veía en ella? ¿Hasta qué punto se aprovechaba de sí misma y de lo que era? Al menos de algún modo indirecto, ¿sabía que caminaba arrastrándose? ¿O arrastrarse es algo que la gente misma no sabe que está haciendo? ¿Qué sabía yo de aquello que obviamente veían en mí? ¿Cómo sabría si andaba o no con el vientre apoyado en el polvo del suelo? La verdad, ¿carece de testigos? ¿Ser es no saber? Si la persona no mira y no ve, ¿incluso así la verdad existe? La verdad que no se transmite ni a quien ve. ¿Este es el secreto de ser una persona?

Si quisiera, incluso ahora, una vez transcurrido todo, aún puedo impedirme haber visto. Y entonces nunca sabré la verdad por la que estoy intentando pasar nuevamente; ¡aún depende de mí!

Yo miraba la habitación seca y blanca, donde solo veía arenas y arenas de desmoronamiento, unas cubriendo las otras. El minarete donde me hallaba era de oro macizo. Yo estaba en el macizo oro que no acoge. Y necesita ser acogida. Tenía miedo.

—Madre: maté una vida, y no hay brazos que me acojan ahora y en la hora de nuestro desierto, amén. Madre, todo ahora se volvió de oro macizo. Interrumpí una cosa organizada, madre, y eso es peor que matar, eso me hace entrar por una brecha que me mostró, peor que la muerte, que me mostró la vida grosera y neutra amarilleando. La cucaracha está viva, y el ojo de ella es fertilizante, tengo miedo de enronquecer, madre.

Es que mi ronquera de muda ya era una ronquera de quien está gozando de un infierno dulce.

La ronquera de quien está gozando de su placer. El infierno me era dulce, gozaba de aquella sangre blanca que vertía. La cucaracha es verdadera, madre. No es ya una idea de cucaracha.

—Madre, yo solo quise matar, pero mira lo que rompí solamente: ¡rompí un envoltorio! Matar también está prohibido porque se rompe el envoltorio duro y solo queda la vida pastosa. De dentro del envoltorio está saliendo un corazón grueso y blanco y vivo como pus, madre, bendita seas entre las cucarachas, ahora y en la hora de esta tu muerte mía, cucaracha y joya.

Como si el haber pronunciado la palabra «madre» hubiese liberado en mí una parte gruesa y blanca, la vibración intensa del oratorio se detuvo repentinamente, y el minarete enmudeció. Y, como después de una profunda crisis de vómito, sentí mi cabeza aliviada, despejada y fría. Ni siquiera el miedo ya, ni siquiera el espanto ya.

Ni siquiera el miedo ya, ni siquiera el espanto ya.

¿Habría yo vomitado mis últimos restos humanos? Y no pedía ya socorro. El desierto diurno estaba ante mí. Y ahora el oratorio recomenzaba, pero de otro modo, ahora el oratorio era el sonido sordo del calor reflejándose en paredes y techos, en la redonda bóveda. El oratorio estaba hecho de los estremecimientos de la canícula. Y también mi miedo era ahora diferente: no el miedo de quien aún va a entrar, sino el miedo mucho mayor de quien ya entró.

Mucho mayor: era miedo de mi carencia de miedo.

Pues fue con temeridad como miré entonces a la cucaracha. Y vi: era un animal sin belleza para las demás especies. Al contemplarla, he aquí que el antiguo miedo pequeño volvió solo por un instante: «Lo juro, ¡haré todo lo que quieran ustedes! Pero no me dejen encerrada en la habitación de la cucaracha porque algo tremendo va a ocurrirme, ¡no quiero a las demás especies! Solo quiero a las personas».

Pero, ante mi leve retroceso, el oratorio se intensificó más aún, y entonces me quedé inmóvil, sin intentar ya hacer un movimiento que me ayudara. Me había abandonado ya a mí misma, casi podía ver allí, en el comienzo del camino ya recorrido el cuerpo que había abandonado. Pero por momentos yo aún lo llamaba, aún me llamaba. Y como no

oía ya mi respuesta, sabía que me había abandonado, que se hallaba fuera de mi alcance.

Sí, la cucaracha era un animal sin belleza para las demás especies. La boca: si tuviese dientes, serían dientes grandes, cuadrados y amarillos. Cómo odio la luz del sol que todo lo revela, revela hasta lo posible. Con una punta de la bata me enjugué la cabeza, sin apartar la mirada de la cucaracha, y mis propios ojos también tenían las mismas pestañas. Pero los tuyos nadie los toca, inmunda. Solo otra cucaracha querría a esta cucaracha.

Y a mí, ¿quién me querría hoy? ¿Quién está ya tan mudo como yo? ¿Quién, como yo, llamaba al miedo amor? ¿Al querer, amor? ¿Al necesitar, amor? ¿Quién, como yo, sabía que nunca había cambiado de forma desde el tiempo en que me habían dibujado en la roca de una caverna? Y al lado de un hombre y de un cachorro.

En adelante podría llamar a cualquier cosa por el nombre que inventase: en la habitación seca se podía hacer, pues cualquier nombre serviría, ya que ninguno serviría. Dentro de los sonidos secos de bóveda todo podía ser llamado cualquier cosa, porque cualquier cosa se transmutaría en el mismo mutismo vibrante. La naturaleza mucho mayor de la cucaracha hacía que cualquier cosa, al entrar allí —nombre o persona—, perdiese la falsa trascendencia. Tanto, que yo veía únicamente y con precisión el vómito blanco de su cuerpo: solo veía hechos y cosas. Sabía que estaba en lo irreductible, pese a que ignorase qué era lo irreductible.

Pero también sabía que la ignorancia de la ley de lo irreductible no me excusaba. No podría ya excusarme alegando que no conocía la ley, pues conocerse y conocer el mundo es la ley que, aunque inalcanzable, no puede infringirse, y nadie puede excusarse diciendo que no lo

conoce. Peor: la cucaracha y yo no estábamos ante una ley a la que debíamos obediencia: nosotras éramos la propia ley ignorada a la que obedecíamos. El pecado renovadamente original es este: tengo que cumplir mi ley que ignoro, y, si no cumpliese mi ignorancia, estaría cometiendo el pecado original contra la vida.

En el jardín del Paraíso, ¿quién era el monstruo y quién no lo era? Entre las casas y los apartamentos, y en los espacios elevados entre los edificios altos, en ese jardín colgante, ¿quién es y quién no es? ¿Hasta qué punto voy a soportar no saber al menos lo que me mira? La cucaracha cruda me mira, y su ley ve la mía. Yo sentía que iba a saber. —No me abandones en esta hora, no me dejes tomar sola esta decisión ya adoptada. Tuve, sí, tuve aún el deseo de refugiarme en mi propia fragilidad y en el argumento astuto, no obstante verdadero, de que mis hombros eran los de una mujer, flacos y finos. Siempre que lo había necesitado, me había excusado con el argumento de ser mujer. Pero yo bien sabía que no es solo la mujer quien teme ver, cualquiera teme ver lo que es Dios.

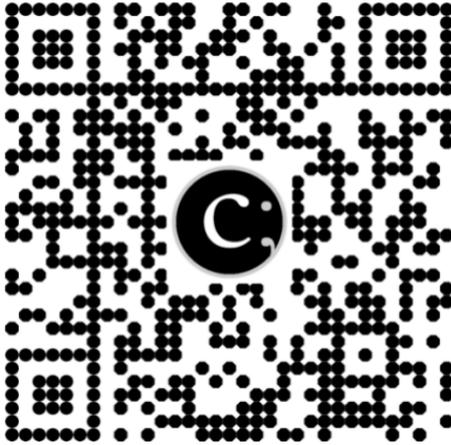
Yo temía el rostro de Dios, tenía miedo de mi desnudez final en la pared. La belleza, aquella nueva ausencia de belleza que nada tenía de aquello que yo antes acostumbraba llamar belleza, me horrorizaba.

—Dame tu mano. Porque no sé ya de qué estoy hablando. Siento que he inventado todo, ¡nada de eso existió! Pero, si he inventado lo que me aconteció ayer, ¿quién me garantiza que no he inventado toda mi vida anterior a ayer?

Dame tu mano.

Otras series:

Sobre la Vacunación



¿Qué pasa en Ucrania?

